



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Tres retratos

Autor:

Miguel de Fredinandy

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

1949 - 2, pag. 120 - 159



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

TRES RETRATOS

POR

Miguel de Ferdinandy

CARLOMAGNO

Vivimos en una época en que el interés por el destino de los grandes personajes históricos llega a ser moda. Los escaparates están repletos de libros llamados "biografías". Éstas son a menudo obras de relativo valor; sin embargo, representan un sismógrafo respecto al carácter general del interés literario del actual público, tanto en Europa como en las Américas.

Esta comprobación logra universal validez, pensando en la historia del viejo continente donde ha terminado ya una época del culto al héroe. Quizás es éste uno de los matices al que los historiadores de los siglos venideros atenderán para denominar nuestra edad. Y tal culto va apoderándose no sólo de la literatura de moda, sino también de la auténtica historiografía, por lo menos de algunos de sus más notables representantes actuales. Se conocerá el "Felipe II" del alemán Ludwig Pfandl, traducido también al castellano, que a pesar de su intrínseca indisciplina y de sus ingenuidades en cuanto a los resultados de la psicología moderna merece categoría de verdadero trabajo histórico. El húngaro Kerényi en su "Hermes, als Seelenführer" llegó a darnos aún más, la "biografía", el "retrato" de un dios. Juan Huizinga, gran historiador holandés, pintó el cuadro inolvidable del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, en el que, con el don para la visión histórica de un gran artista y con el fino método de un gran investigador, hizo surgir ante nuestros ojos la figura rediviva del príncipe más notable de la dinastía borgoñona.

Cabe notar, aunque no pertenezca a la historiografía, sino que constituye una especie de la literatura novelesca, el libro tan famoso y no sin razón del inglés Graves: "I, Claudius". Al lado de esa obra, en que el autor moderno transfigurándose en la personalidad del antiguo emperador cuenta su historia en primera persona, con raro talento para apoderarse del alma y de la sensibilidad de su héroe, existen otras sobre grandes personajes de la antigüedad como el "Julio César" de Brandes y "Antonio e Cleopatra" de Guglielmo Ferrero, para citar sólo dos.

De esta manera se logra establecer dos grupos de "biografías": uno que se ocupa de figuras de la Antigüedad y otro que nos da "retratos" de los representantes de la Edad Moderna. Los siglos de la Edad Media, en cambio, parecen no compartir el interés "biográfico", tanto del público moderno, como de la historiografía actual. La magnífica monografía de Kantorowitz sobre "Federico II" es un fenómeno aislado entre las producciones de esta clase.

Creo no equivocarme mucho diciendo que nadie entre nosotros podrá citarnos algún libro en que la personalidad de un Isidoro de Sevilla, o de un Beda Venerabilis, de un Atila o de un Teodorico, de una Zoe de Bizancio o de un poeta medioeval, como fué el poeta escandinavo Snorri Skallagrímsson, fuese representada de un modo suficiente para satisfacer el interés y la sensibilidad del lector moderno. No se hallará tal obra sobre Carlomagno. ¿Porqué? ¿Es que la Edad Media contenía menos valor humano que la Antigua o la Moderna, o que los personajes de aquella época influían menos la nuestra? Ni lo uno, ni tampoco lo otro. El valor humano de la Edad Media, y cito solamente la figura del dulce *Poverello*, San Francisco de Asís, para fundamentar estas palabras, equivale indiscutiblemente al de otras épocas del desarrollo humano. Ni su influjo en nosotros tiene menos transcendencia: escaparnos de ello parece aún más imposible que huir a la herencia de la Edad Antigua. La misma armadura caballeresca, el Romance español, no es sino un producto de la Edad Media, recuerdo viviente de la heroica actitud humana de la Castilla medieval.

La causa de la escasez de "retratos" medioevales en nuestra época tiene bases distintas. Una de éstas será indudablemente el simple y lamentable hecho de la falta de datos. Esta deficiencia de nuestros conocimientos no resulta sólo de la pérdida de los datos y de las fuentes. Desde la Antigüedad se perdieron fuentes en número mucho mayor; sin embargo, el tardío biógrafo de los emperadores casi nunca se queja por lo incompleto de su material. Es que las fuentes indispensables para una biografía en el sentido moderno de ese término nunca se han escrito en la Edad Media. Antigüedad y Edad Moderna, son, por así decir, épocas "autobiográficas"; en ambas el hombre iba anotando con raro afán, todo lo que pasaba con él, en él, por él.

La caracterización del mismo Dante acerca de la *Commedia* podría servir como lema para toda la época moderna: "*Si vero accipiatur opus allegorice* —dice este poeta— *subjectum est homo*".

En cambio, el lema de la Edad Media podría ser lo siguiente: *Si vero accipiatur opus Dei allegorice, objectum est homo*. En consecuencia, la visión de la Antigüedad y de la Edad Moderna sobre el hombre es subjetiva; la de la Edad Media es objetiva.

Las personalidades presentadas por Tácito o por Suetonio, por Ranke o por Macaulay son verdaderos hombres que viven, se mueven, chocan, vencen o quedan derrotados; lo que en ellos interesa, es lo individualmente característico, o sea: el matiz personal con su valor no reiterable. En cambio, el Carlomagno de Eginhardo, a pesar del calor de simpatía, que la obra de ese autor revela, o el San Esteban de Hartvico, el Yaroslavo el Grande, de Néstor, están, hasta un cierto grado, tipificados según las costumbres de aquella época; no viven, sino existen; no se mueven, sino conmueven; no chocan, sino se extienden; no vencen ni pierden, sino la idea inmanente de ellos prefigura sus destinos; lo que en ellos interesa, es el valor de su general ejemplaridad: no son "genios" de lo nuevo, sino "santos", representando uno de los matices perennes de la construcción tradicional del mundo humano, con constante respeto al orden divino.

Por consiguiente, se comprenderá que acercarnos a esas figuras con nuestros instrumentos metódicos y con nuestra sensibilidad actual, es tarea difícil, quizá imposible.

El lector de Eginhardo o de Ekkehardo nunca logrará tener un "retrato" tan personal, matizado y moderno, sobre Carlomagno, como lo tendrá el lector de Tácito sobre el emperador Tiberio. Y se preguntará si los autores más personales de la época no ofrecen una imagen psicológicamente caracterizada del primer emperador cristiano-occidental, ¿tendré acaso yo el derecho de aplicar los resultados de nuestro psicologismo, de nuestro individualismo, a la obra de Eginhardo, un autor que vivió once siglos antes que yo, participando junto con su héroe de una sensibilidad que le atribuía fines muy distintos de los del hombre antiguo y de los del hombre moderno? Y teniendo en cuenta tantas tentativas malogradas de "psicologizar" a la Edad Media, parece que la respuesta no puede ser sino negativa. Y contestada una vez esa pregunta de dicha manera, ante nosotros se abrirá un sólo camino para acercarnos a la figura elegida. Es el camino de la fidelidad, de la objetividad, o, con otras palabras, es un camino un tanto medioeval.

La subjetividad moderna promete más; y un análisis psicológico parece mucho más interesante. Pero ser historiador es también ser humilde, ser venerador de la antigua letra, ser amador de la tradición sagrada por tantos siglos. En consecuencia, me parecería antinatural saber más sobre la personalidad singular y viviente de Carlomagno, que lo que sabía Eginhardo, el autor que le había conocido personalmente.

Explicaré, pues, el destino del primer emperador dentro de los límites de lo tradicional del mundo humano, en que refleja un orden divino también para nosotros; mostrando en este estudio no las costumbres y modalidades personales de Carlos, porque históricamente no son éstas las que definen su singular importancia, sino el valor de su ejemplaridad general. Pero presentándose este valor, lo mostraré no desde el punto de vista de la sensibilidad de un Eginhardo, sino desde el de la sensibilidad de un hombre moderno, cuya "*intelligentia*" contenga las tradiciones de la costumbre europea, mirando, desde la Argentina, los destinos históricos del género humano.

* * *

Carlos, rey de los Francos, reunió un inmenso imperio, desde Roma a Dinamarca, desde Barcelona al río Tisza, todo el mundo cristiano al Occidente de su época, dándole a aquella formación histórica, que hoy se llama Europa, por primera vez una organización política. Esto es la transcendencia universal de su papel histórico. Como símbolo exterior de su poder se dió el título de Emperador de los Romanos, del cual no fué heredero legítimo. El representante de la continuidad histórica del antiguo imperio romano, el *basileus* de Bizancio, le había considerado como usurpador. ¿Lo era de veras?

Es verdad, sin duda, que Carlos, contando apenas nueve años de edad, estaba presente en el gran acto de usurpación de su padre, cuando éste, despojando al legítimo rey, se apoderó de la corona de Franconia. Es verdad, también, que el mismo Carlos, casi sexagenario y siendo el verdadero señor de Roma, fué protagonista del gran acto de usurpación de Occidente, apoderándose de una forma y tradición políticas, que hereditariamente no le pertenecían.

No obstante, no hay que definir a Carlos como revolucionario y aun menos como *self-made-man*. Ya el bisabuelo de su bisabuelo había reina-

do y desde el abuelo de su padre, los Carolingios son en realidad, monarcas, haciendo política de alcance universal en los últimos sesenta años antes de la aparición de Carlos. De este modo Carlos, heredero de los dos Pipinos y de Carlos Martel, ya en sus comienzos sube al trono de una gran potencia universal, interiormente bien organizada, cuyo poder militar era el más grande del mundo "bárbaro" hasta entonces conocido. Sin el esfuerzo y la actividad de dicha cadena de antepasados nos sería bien difícil comprender la posibilidad histórica de la obra de Carlos.

Hacernos una pregunta, como, por ejemplo, ésta: ¿qué habría sido de Carlos sin la magnífica herencia del poder franconio, que le cayó en las manos como una milagrosa arma, con la cual sólo los dioses acostumbran distinguir a sus héroes favoritos?, sería una empresa sin razón y antihistórica.

Sin embargo, considerarlo como fin y más alta cumbre de una larga cordillera compuesta de no insignificantes antepasados, será una lícita posición histórica a tomar con él, que no lo disminuirá en nada. Mas, también en ese caso, lo importante será el hecho de que todas las naciones de la posteridad le han conocido a él, no por el sucesor, sino por el gran Antepasado, cuyo inmenso esfuerzo de dar forma espiritual y política al mundo, resultó carácter fundamental de lo específicamente occidental, hasta nuestros días.

Y no lo disminuirá tampoco, si se reconociera la tendencia de imitación en su espíritu y modo de ser. Muy a menudo teníamos la oportunidad de leer sobre el llamado Renacimiento carolingio, que ello no ha sido un período creativo, sino reproductivo del espíritu europeo, en el cual se intentaba imitar las formas antiguas, muchas veces de un modo ingenuo y mal entendido. Y sea que la famosa frase de un Alcuino, en la que este notable poeta carolingio declara, que la nueva Atenas creada por Carlos sobrepasaría la antigua de Pericles, nos obligue a sonreír, mirando los mezquinos frutos del arte figurativo de aquella época, o paginando entre las obras de la ingenua hagiografía de entonces; sin embargo, hay que tener cuidado para no ser injusto ante un gran esfuerzo humano.

Ese período no resultó de arte clásico con relación a lo "clásico" del arte de la antigüedad; ello, es, empero, una época clásica con relación a lo precarolingio y también a lo post-carolingio.

¿Cómo hemos de comprender ese pensamiento?

Los primeros siglos de la Edad Media en Europa fueron los únicos de cultura "pre-histórica" en el desarrollo humano, que no carecían del conocimiento de la escritura. Los más remotos y primitivos productos del espíritu románico han sido comparados, con cierta razón, con obras primas de la plástica de unas estirpes negras del Africa occidental¹. Por supuesto, los pueblos de esa especial "prehistoria" europea se hallan en una situación no sólo complicada, sino también bastante peligrosa. Las estirpes germánicas y célticas representaban aún culturas de la edad de hierro y de una primitiva forma de vida en fortalezas, en tiempos de su primer contacto con los productos de una época históricamente tardía, como eran los de las metrópolis bizantino-arábigas, o los monumentos consagrados por una tradición de la antigua Roma, demasiado grande para ellos. Mas esa alta cultura, que ellos en parte destruyeron, al mismo tiempo también la asimilaron y jamás se liberaron de ella. El resultado es una serie de interesantes culturas mezcladas. La "prehistórica" y la tardía y

póstuma cultura del Imperio Romano aparecen, no sólo una al lado de la otra, sino una bajo la otra, y hasta una dentro de otra. Esta mezcla de tan singular carácter da a esa época atractivo especial.

De esta unión surgen bastardos de muy curiosa composición, los cuales logran apenas de un modo muy forzado sintetizar en sí mismos la contradictoria herencia de padres tan diferentes. Si consiguen la síntesis lo es inconscientemente porque no obran por ella. El fin de sus esfuerzos es bien distinto: estos bastardos quieren oprimir en sí mismos la herencia paterna, reconociendo exclusivamente con un *snobismo*, grandioso y tragicómico a la vez, la validez de sus herencias maternas.

Así empieza el Occidente en todos los dominios de la vida con la imitación de Roma, y, si sus facultades lo capacitan para eso, también con la de Atenas.

Y la imitación, hay que confesarlo humildemente, llegó a ser un matiz bien característico, no solamente de la famosa tabla redonda de Carlomagno, no sólo de la escritura carolingia, elevada laboriosa y artificialmente a una claridad semejante a la antigua; y no sólo de las formas romanescas, en las cuales el imperio carolingio se había complacido, sino que ella contribuye en la caracterización de toda la cultura occidental, fundamentada casi en su totalidad en la ecléctica y *snobística* cultura del bastardo del período carolingio.

Sólo comprendiendo este origen suyo, se llegará a ser justo delante de los grandiosos valores de nuestra cultura.

Lo duradero en la obra de Carlos está en lo que fué él, que había dado a esta nueva cultura dos grandes valores de su propia ejemplaridad: equilibrio hacia dentro y límites hacia afuera.

Es muy curioso seguir el proceso de lo que en el porvenir se llamará "Occidente", realizándose cada vez más en la gran política, en los contactos culturales y en las empresas belicosas de Carlos, y afirmándose a un tiempo mismo como un ser de autonomía propia.

* * *

De las tempestades de la Gran Migración surgieron tres reinos bárbaros: el de los francos en las Galias, el de los godos en Hispania y el de los longobardos en Italia. La situación geográfica de los dos últimos presentaba un peligro constante: el emperador, el *basileus* de Bizancio, pretendía, siempre de nuevo, reconquistar sus tierras, como antiguas provincias perdidas del Imperio romano. Luego atacó desde el sur, el Islam, apoderándose por varios siglos de Hispania. El reino de los francos, se hallaba relativamente lejos del teatro de esos sucesos, con fronteras abiertas hacia la patria primitiva germánica. Sin embargo, su suelo era el de las Galias, conquistado por César para el Imperio y para la latinidad; por consiguiente, un país de cultura de primera categoría, aún no sólo con lo germánico, sino también con lo hispánico, británico e irlandés y vecino-hermano de Italia. Y los francos, conquistadores de esa bendita tierra, formaban un pueblo fuerte, excelente por su don político. Su obra era la más poderosa unidad política de aquél entonces en todo el Occidente.

Según las leyes de una primitiva sociedad, también en Franconia dependía todo del valor personal de la dinastía. Muriendo, pues, en la persona de Dagoberto I el último Merovingio de importancia política, el equilibrio iba

descomponiéndose. Casi medio siglo durarán las guerras civiles y las revoluciones de palacio, luchas sangrientas entre las dos mitades del imperio franconio, hasta que se pudo establecer un nuevo equilibrio. Ello se establece por la aparición de una nueva dinastía.

Pero el camino de la radicación de ésta no es simple ni fácil.

La antigua dinastía vive aún; además, ella tiene ocupado todavía el trono. La idea del imperio franconio, ante los ojos de los súbditos, está vinculada con *esta dinastía*. Se cree en la elección divina de índole mágica en cuanto a la estirpe real². Por consiguiente, el Merovingio, tan débil como es, no se puede eliminarlo con un sencillo gesto. Los nuevos poseedores del poder se ven obligados a llamar en auxilio a la mayor autoridad espiritual en el orden universal, el Papa, para que éste legitimara la usurpación que están preparando. También así necesitarán para ella ciento diez años desde la muerte de Dagoberto. Mientras tanto, la nueva dinastía debe contentarse con el modesto título de un *maior domus* de la reinante casa Merovingia.

Al principio, realmente, no eran más. El *maior domus* era algo como un inspector general de la casa merovingia; luego palatino, habilitado para actuar como factótum de la corte real. El, por su oficio, tenía conocimiento de todo lo que sucedía allí. Declinando el talento político de la dinastía, aparece el *maior domus* en calidad de un primer ministro del imperio, cada vez más en primer plano. Mas ese imperio es un reino bicéfalo, pues se hallan al lado de cada rey un *maior domus* peleando uno contra otro, de la misma manera como antes, cuando la dinastía aún había reinado de hecho, y también los reyes merovingios lucharon en impías guerras fratricidas entre sí.

Un golpe de estado del *maior domus* Grimwaldo, hijo de Pipino el Viejo, para deponer el rey y tomar la corona para su hijo, fué una empresa prematura y fracasó. Aunque el rey y la nobleza mataron a Grimwaldo, la próxima generación de su familia continuó la lucha por el poder. Entre terribles guerras internas logró afirmarse Pipino, el segundo. Venciendo a todos sus rivales, él, primero, llegó a ser *maior domus* del imperio entero. Prudente, toleró la existencia del rey títere, no obstante ser él señor y príncipe de todo el país.

Ya no hay partición del reino; ni tampoco hay dudas acerca de su *derecho* con respecto a la dignidad de *maior domus*: las luchas que aun seguirán no son sino disputas internas de *su propia dinastía*, los Carolingios.

Y a pesar de las desgracias familiares que tocaron a este Pipino, la fuerza motriz para reinar, que desde adentro parece mover a esta estirpe, nunca más se dejará paralizar. Cuando falleció Pipino no tenía hijos adultos y Carlos, llamado luego Martel, hijo bastardo, se apoderó del título de su padre. Y es ahora cuando comienza la gran política de forma carolingia...

El teatro de los sucesos crece repentinamente. Carlos Martel rechaza y para siempre la invasión mahometana en Poitiers, con el primer ejército feudal de la Edad Media, el cual, formado en base de bien reconocidas condiciones económicas y militares de la época, parece ser en parte una obra personal de este gran monarca. Luego crea una alianza precisamente contra los recién vencidos invasores del mediodía, con Liutprando, rey de los longobardos de Italia.

He aquí por primera vez Roma y Bizancio entrando en el círculo del interés inmediato de los *maiores domus* de Franconia.

Sigue, pues, un preludeo en el gran drama de la historia europea, cuyo real significado sólo se aclarará en un porvenir aun bastante lejano...

De repente cae una aguda luz a las profundas controversias, hasta ahora semilataentes, del Occidente y Oriente cristiano, cuando el emperador León III declara su gran guerra contra la veneración eclesiástica de las representaciones de santos, estallando pues la lucha de universal alcance, alrededor del problema de las imágenes.

Esta lucha traerá resultados de gran significación en todas las esferas del espíritu e Historia. La rebelión de Oriente contra la imagen en la Iglesia y la impetuosa oposición causada en el Occidente por dicha rebelión, parece probar la idea spengleriana, según la cual Bizancio pertenecía, en las profundidades de su naturaleza, al verdadero Oriente, ligada por una cierta afinidad electiva con el Islam, también enemigo de la representación humana y de la imagen religiosa, con el Islam, que finalmente había incorporado Bizancio a sí mismo y para siempre. En cambio, Roma, y con ella todo el mundo joven occidental, significaban algo absolutamente distinto.

¿Cómo hemos de encarar ese "algo" tan diferente?

Bizancio representaba una unidad bien concluída, más que el mundo occidental; sin embargo, ello era no sólo concluído, sino también recluído, no sólo con respecto al mundo exterior, sino también hacia el mundo interior. Mas aquél que se encierra en sus propias entrañas, es en realidad un supresor de sí mismo. Y efectivamente: lo bizantino, con su grandiosa rigidez hierática, con sus grandes formas, domadas con esfuerzo y finura hasta la supertemporalidad, es la cultura supresora por excelencia. En cambio, en lo occidental, a pesar de la seriedad medieval y la severidad religiosa, no se nota semejante actitud o tendencia. El occidental es el círculo cultural de los más curiosos pueblos de la historia, el de los neófitos, el de los escolares ansiosos de saber, ansiosos de adaptarse, a veces, hasta la propia descomposición, hasta el eclecticismo y la traición de los propios valores; pero, por eso mismo, capaz de reproducir los más inesperados renacimientos, elástico como ninguno del globo terráqueo, con una expresión: de eterna juventud.

Y toda la juventud se liga con predilección a una bella forma, visto que sólo pueda pensarse con imágenes. Esto es la bien comprensible simpatía de la juventud para lo formado, comprensible precisamente en este caso teniendo aún en sí misma tanto de amorfa. Un viejo mundo, un cosmos, ya "formado" hace mucho tiempo, que se había conformado ya acerca de su forma propia, abandonando al mismo tiempo el lenguaje arcaico de un pensar imaginario, tal cosmos se pasará más fácilmente sin la constante presencia de lo formado, o sea, sin la visión del caos de una juventud. En un caos, es decir, en una posibilidad de todas las formas, la imagen debe ser una potencia concertadora. Juventud es la salida de lo caótico de la pubertad. Juventud es también estar enamorado y amor no es sino la bella locura por una hermosa forma. Ello es una alegría porque aquello que existía desde siempre en las entrañas del alma pidiendo desde adentro una forma para sí mismo, ahora por fin la tiene; una alegría, porque la imagen resultó más bella, concreta y pura de lo que pudiera esperar una fantasía caótica. Se comprenderá que una época de juventud religiosa, de una cultura como lo era la de la alta Edad Media, no deja robarse sin oposición la imagen finalmente encontrada, en la cual su religiosidad recibió la forma y su amor ideal halló objeto y fin.

Bizancio estaba dirigiendo el motín iconoclasta de Oriente; en conse-

cuencia, conducía Roma, fatalmente, la oposición de Occidente. El Papa Gregorio II, amenazado por el exarca bizantino de Ravena y de su aliado, el rey longobardo, debía abrir las puertas de la ciudad eterna. Su sucesor, Gregorio III, aunque heredó tan difícil situación, resistió valiente en la cuestión de las imágenes y apareciendo los longobardos por segunda vez ante Roma, se dirigió a Carlos Martel. El poderoso *maior domus* respondió a la embajada del Papa con simpatía, mas no entró en ninguna alianza con el mismo, ni participó entonces en forma concreta en los enredos de la política italiana. El Papa se vió obligado a conformarse con los longobardos. Al año siguiente murió el emperador iconoclasta; muy cerca le siguieron Carlos y Gregorio, y cuatro años más tarde también el rey de los longobardos. Desapareciendo el último de los protagonistas cae el telón de ese prelude de la historia occidental.

En sus primeros años, también el hijo de Carlos, Pipino el Breve, reina como sus antepasados, contentándose con el título de *maior domus* y tolerando al rey títere a su lado aunque no cabe duda, ni ante los ojos de los súbditos, quien es el verdadero monarca del imperio franco. Al final, en el año 751, Pipino ve llegado el momento oportuno. Y plantea la cuestión en una forma casi ingenua, pero en su tendencia de universal alcance para todo el Occidente, ante el Papa Zacarías acerca de los reyes de Franconia, los cuales no ejercían ninguna verdadera función real. El Papa decide apoyar la liquidación de la casa real con su autoridad espiritual. Se aclama, pues, al *maior domus* por rey, lo ungen los obispos, junto con Bertrada, su esposa, hija de un conde de Laon. En cambio, el rey legítimo, el pobre Childerico III, va a ser destronado y condenado a morir en un convento.

Ya no hay revolución alguna. La institución de *maior domus* tiene ya cien años de edad, y desde hace sesenta y cuatro años nadie se había atrevido a disputar esa dignidad a los Carolingios. Ocupando por sí misma esta familia también el título real, tal hecho ya no aparece sino consecuencia natural del poder, que esa dinastía durante las últimas décadas estaba efectivamente poseyendo y ejerciendo.

Es entonces cuando realmente empieza el gran drama político, cuyo prelude ya conocemos. El Papa Esteban II, amenazado de nuevo por los longobardos, viene personalmente a pedir auxilio a la corte del hijo de Carlos Martel. Pipino manda "más de cien millas" a su encuentro a Carlos, su hijo, entonces de doce años de edad. Tal es la entrada de Carlomagno en la historia. Y Pipino sirve al Papa que llega montado, como caballero. Ahora están de acuerdo. El Papa encontró al poderoso defensor que tanto había buscado en vano; y el monarca a la autoridad dispuesta a declarar legítimos sus hechos y gestiones. Pipino, pues, se dirige contra los longobardos. En suelo italiano el Papa repite la unción de Pipino, honrándolo con el título de *patricius romanus*; y también los hijos de Pipino van a ser ungidos en la misma oportunidad. Al final, llegaron a ser los Carolingios tan "legítimos", como posible. En dos guerras queda vencido el rey longobardo, y gracias al victorioso Pipino, se da el imperio temporal a la potencia espiritual, el Papa, de un modo magnánimo e importante. El "Patrimonium Petri" abarca no sólo todos los antiguos bienes del papado, sino también la Pentápolis, cuya comarca pertenecía legítimamente al imperio del basileus. En vano se opone contra esa usurpación el emperador Constantino. Para evitar aún también en el porvenir reclamaciones de par-

te del Oriente, la curia romana emprende una falsificación, presentando al emperador y al mundo un diploma bien curioso, llamado en general, "la falsificación constantiniana".

Efectivamente, en ella se encuentra todo lo que un papa del siglo VIII podía desear. El diploma es, según su forma, una carta del emperador Constantino Magno al Papa Silvestre I y por las dudas, también a todos sus sucesores. El emperador empieza con una confesión de fe, agradeciendo esta fe suya al Papa y continúa con una bien milagrosa narración. Según ésta, Constantino había sido leproso, y una noche en sueños se le aparecieron dos santos varones que eran, por supuesto, Pedro y Pablo. Estos le llamaron la atención sobre Silvestre, que vivía entonces en una cueva del Monte Soracte, en el norte de Roma. Así surge, en la tradición medieval, por primera vez, el nombre de este monte tan demoníaco, en donde los antiguos habían venerado el aspecto tenebroso de Apolo³. Desde allí vino Silvestre, según la carta, presentándose ante el emperador y mostrándole unas *imágenes* para convencerlo y quizá esas imágenes no están mencionadas sin una profunda razón. Constantino se deja bautizar por Silvestre y enseguida se manifiesta en el emperador la gracia del cielo, pues le abandona su terrible enfermedad. Constantino convoca a sus "sátrapas" quienes deciden, desde entonces, venerar al Papa. Al mismo tiempo, confirman aún su primacía sobre los obispos de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Bizancio. Todas las ciudades y provincias de Italia y del Occidente —dice la carta— pertenecen, desde entonces, al obispo romano. De este modo se aclarará también la situación de la Pentápolis en favor de los papas. Al final, el emperador regala al Papa la corona y el manto purpúreo y le sirve en la función de caballero. Recuérdese la recepción del Papa por parte del rey Pipino. Italia se ha convertido en el país de los papas, pues el emperador abandona humildemente la ciudad eterna, porque donde el vicario de Cristo tiene su residencia, no es lícito que mande ningún príncipe temporal.

Ante un documento tan elocuente debía callarse el señor del Este, ya que la amistad entre Papa y rey se fortalecía por nuevos lazos.

Sin embargo, cuando Carlomagno y su hermano Carlomán, después de la muerte de su padre, en septiembre del año 768, suben al trono, parece una vez más estar amenazada toda la gran obra política de los papas.

Estos dos hermanos, Carlos tenía veintiséis años de edad, Carlomán es menor, parecen estar completamente bajo el influjo de su madre, Bertrada, y rompiendo con la tradición del padre, vuelven al mismo tiempo a la del abuelo, es decir, a una política de tendencia amigable para con los longobardos.

Carlos se casa con Desiderata, hija del rey longobardo Desiderio; Carlomán estrecha amigables lazos con el mismo y aun después de su fallecimiento irán su viuda e hijos a buscar protección en la corte de Pavía.

El Papa Esteban III se encuentra ante esta situación desesperado y tremendamente asustado. Dirige cartas a los dos hermanos reales, atacando a los longobardos, de quienes dice que son "una nación apestada; que no forman ni un auténtico pueblo humano, descendiendo sin duda alguna de leprosos"⁴. Palabras en realidad poco amables, si se considera que uno de los destinatarios de la carta acababa de unirse en matrimonio con una joven de la nación tan brutalmente apostrofada. Lo más gracioso es que el pobre Esteban, viendo que Carlos ni cambia, ni presta atención a su carta, al final debe entenderse con el rey de la "nación apestada", concertando con él una alianza.

La actitud de Carlos, no es sorprendente. Se reconocerá en ella, fácilmente, la acostumbrada actitud del monarca joven, lleno de talento, que arrinconado por un padre, igualmente capaz, esperaba impaciente su hora. Llegada ésta, quiere ser en todo una contradicción de la tradición paterna. Se ve bien, como toda la familia está libertándose de la voluntad del difunto; cómo ahora los hijos están inclinados a la realización de los deseos y simpatías de la madre: hasta renunciar, por amor a ella, a la tradicional lucha fratricida y emprenden la tarea de reinar conjuntamente.

Mas en este punto fracasa el nuevo régimen. Falleciendo Carlomán, afortunadamente, en el año 771, ya había estallado la guerra entre los hermanos. La viuda y los huérfanos, como dije, huyen y piden protección al suegro de Carlos, el rey longobardo.

Este cree que ha llegado la gran oportunidad de su vida. Amenazando al Papa, Adriano I, lo obliga a la unión de los hijos de Carlomán. Esta gestión hace abrir los ojos a Carlos. Sacude resueltamente el influjo de su madre, repudia a su mujer longobarda, casándose con una alemana, de nombre Hildegarda. Cuando Adriano, pidiendo apoyo contra Desiderio, se dirige a Carlos, éste los recibe con los brazos abiertos.

Carlos en este momento está en el límite de sus treinta años de edad. Parece que él no pertenecía al tipo precoz y aunque no sea un "buscador de su camino" como lo será más tarde un Federico el Grande, su personalidad quedó, durante mucho tiempo casi oculta, llegando gradualmente a su aparición y dominación. Sin embargo él maduró, sin desempeñar papel destacado en la gran escuela política de su padre, poseyendo así suficiente tiempo para llegar a comprender su propia vocación. Una vez despertado y entrado en acción, nunca más perdería su camino, no fallaría en sus fines y métodos.

Su gran victoria sobre los longobardos destaca bien su figura en relación a la de su padre. Pipino se contentaba en Italia con compromisos; Carlos no está de acuerdo con eso. Para Carlos hay dos caminos: o el del reconocimiento de la imposibilidad de una empresa —como más tarde en Hispania— y en ese caso, cambia el rumbo en seguida; o el de una obra acabada. Y así ocurrió en Italia: Carlos ocupó Pavía, derrotó al rey Desiderio, incorporando el país a sus posesiones.

Entre Franconia e Italia se establece entonces una especie de unión personal. La viuda y los hijos de Carlomán caen en manos de Carlos; éste los encierra, según vieja receta, en un convento. Victorioso continúa su triunfo hacia el mediodía, entrando solemnemente el 2 de abril de 774 en la ciudad eterna. Desde entonces es realmente el tutor del Papa, ejerciendo la hegemonía de la Cristiandad del Oeste.

El Este, Bizancio, entró ya mucho antes en el círculo de sus intereses. Su actitud ante el viejo Imperio, putrefacto, senil, refinado y atrayente, es indefinida. Lo considera por una parte con el escarnio injusto del joven y del sano, con la ardiente envidia del "homo novus", con odio y ansia de bárbaro, pero interiormente no lo comprenderá nunca. Ni hace esfuerzos para llegar hasta allí.

Bizancio quiere comportarse en forma prudente. Según una antigua tradición de la política bizantina, en el caso de aparición de un nuevo factor de poderío en el mundo bárbaro, trata de hacerlo amigo, no enemigo.

Ocupa el trono de la Roma Oriental un niño, en cuyo nombre reina una mujer. Y esa inteligente, despótica y cruel mujer —Irene—, que luego cegará

a su propio hijo, para poder subir ella al trono, parece al principio conocer bien al adversario a conquistar: ella se acerca a Carlos con propósito dinástico, tratando de atraerlo por su vanidad de bárbaro. Irene pide a Rotruda, hija de Carlos, en matrimonio para su hijo, el emperador Constantino V.

El gran franco se siente adulado y promete la princesa al emperador. Por primera vez, el hijo de los *maiores domus* puede considerarse antepasado de futuros emperadores.

Pero inesperadamente sucede algo que nosotros no conocemos: el noviazgo se deshizo y fué el propio Carlos quien rompió la relación.

La tan cuerda emperatriz se equivocó en sus cálculos: el adversario era no sólo un vanidoso y potente bárbaro, sino un consciente estadista de universal importancia. De este modo llega ella también a estimarlo.

Parece probable que el fracaso de los esponsales está relacionado con la decisión de Irene: resolver finalmente el problema de las imágenes. De este modo quiere ella mostrar un gesto de simpatía ante el Oeste, o, para expresarnos más concretamente, marchar hacia el gran bárbaro del Occidente. El sínodo de Nicea, 787, busca la solución del problema, a indicación y participación personal de la emperatriz en la siguiente fórmula: se prohíbe la adoración de las imágenes, pero la veneración de ellas, en cambio, es admitida.

En realidad, esa fórmula podría aceptarla también el poderoso del Oeste, sin hesitación. Sin embargo, llega a manos de Carlos un texto latino, más o menos desfigurado, de las *Actas Sinodales*, originariamente redactadas en griego, al cual encuentra él "necio y arrogante". En su estado de espíritu no hubo nada que le permitiera una reconciliación con el Oriente. El texto desfigurado le sirve, pues, de pretexto bienvenido. Su respuesta, los llamados "Libri Carolini", bien lo prueba que no se trataba exclusivamente del problema de las imágenes. En ese escrito Carlos está atacando al Imperio Oriental en su totalidad. Aun el lector de hoy debe reconocer qué bien vió Carlos el papel del Oriente; y debe comprender lo que él quiso.

Escandalizándose sobre el título "divalis" del basileus, que adorna a un hombre con un epíteto divino, anota esta palabra justa desde el punto de vista de una contemplación histórico-filosófica de aquella época: el Imperio Oriental no es sino la continuación del Imperio pagano. Los "Libri" demuestran a los teólogos griegos sus groseros errores. También cuestiones de teología están discutidas, rechazando Carlos con fuerza, gravedad y sin las groserías características de aquel tiempo, las opiniones de la Iglesia oriental.

Ya entonces le parecía atisbar herejías en la iglesia griega, pues subraya con un orgullo ingenuo, más justificado, la ortodoxia del imperio franconio y la disciplina teológica de sus sabios.

Desde el año de los "Libri" —Carlos promedia en sus cuarenta años de edad— está en lucha casi continua con Bizancio. En los "Libri Carolini" fué en realidad pronunciado el "verbo", declarada la guerra, reconocidas las controversias intrínsecas entre los dos mundos, reconocidas y expresadas, a la vez, de un modo grandioso-ingenuo. Carlos, el único absolutamente en el Oeste, con quien se podía contar como factor de política universal en aquel entonces, eligió a Bizancio por su enemigo, lo provocó e incitó a la lucha hasta un resultado final que le pudiera satisfacer interiormente. Esa finalidad, sin embargo, no era de carácter militar. Carlos nunca quiso derrotar o conquistar a la Roma oriental. Para una empresa de esa índole, este rey era demasiado estadista y muy poco aventurero. Aquí se trata de algo distinto que analizaremos en seguida.

El teatro de estas guerras es el Adriático y las costas del mismo. El Imperio carolingio es superior al bizantino en las luchas por tierra. Istria, Dalmacia, Croacia reconocen la supremacía de Carlos. Pero por mar, el viejo Imperio es el más fuerte: el franco está obligado a evacuar, siempre de nuevo, las ciudades de la costa, y también Venecia.

Entre éstas y otras luchas, entre las enormes preocupaciones de las tareas diarias del rey, entre las mil cosas de la grandiosa máquina administrativa, encamina lentamente su vida de alcance épico y universal, hacia la dirección fatal de su punto-cumbre.

Cinco años antes del fin de siglo, se elige Papa a León III. Y entonces sucede por primera vez que un papa feche sus diplomas por los años de su pontificado y también por los del reinado del monarca franconio. Antes, los papas fechaban con los años del basileus; luego, sólo con los suyos. Del año 800 en adelante, sin embargo, León fechará sus documentos, exclusivamente, con los años del reinado de Carlos... El progreso es característico y significativo.

Uno de los sabios de la mesa redonda de este rey, el célebre inglés Alcuino, dirige una carta a Carlos, en junio del año 797, en la cual explica que las tres personas más poderosas de la tierra son el Papa, el emperador de Bizancio y Carlos. Sin embargo, el pueblo de Roma ofendió gravemente al Papa y Bizancio era teatro de vergüenzas sangrientas y terrores pecaminosos. La emperatriz madre había cegado a su propio hijo, para llegar por ese camino a la púrpura. Carlos, en cambio, quedó invulnerable a todo eso. Es el más poderoso, el más sublime, el más sabio y el más digno. Todo eso suena como una sencilla adulación; sin embargo, ello es, en realidad, la fundamentación ética de una pretensión, cuya finalidad es nada menos que el gobierno supremo del mundo terrestre.

La lucha entre los romanos y el Papa, mencionada por Alcuino, amargaba los días de León III. Se acusó al Papa ante el rey de los francos hasta de adulterio y perjurio. También León se dirige a su rey. En el verano del 799 aparecen en Paderborn, en donde Carlos preside una dieta, no sólo enviados de los adversarios de León, sino también el mismo Papa.

El gran señor promete ir personalmente a Roma, para decidir allá el asunto de León. Sin embargo, no parece que tenga prisa. Es característico en la vida majestuosamente épica de este rey, la falta de premura, aunque llega siempre en el momento oportuno y necesario. Es una vida de grandes olas, sin precipitación en su ritmo. Tampoco en esta oportunidad se apresura. Permanece un año entero en el noroeste de su imperio, visita las fortificaciones defensivas de la costa levantadas contra los invasores normandos; luego se dirige a Tours, de donde vuelve por París a Aquisgrán; convoca finalmente una gran dieta en Maguncia. Terminada ésta, Carlos ve llegado el momento de ir a Italia. El día 24 de noviembre del año 800 Roma festeja la entrada de su señor. El 23 de diciembre, Carlos declara inocente al Papa de las graves acusaciones. Y el día de Navidad el rey participa en la misa, ante el sepulcro de los Apóstoles en la basílica de San Pedro. Cuando se levanta de rezar, el Papa, que oficiaba la misa, va hacia él y le pone una corona en la cabeza. Carlos esconde apenas un gesto de disconformidad. El papel pasivo, dado a él por la osadía del Papa, le es absolutamente inconveniente⁵. Pero ya está consumado: Carlomagno está coronado por el Papa. Y éste, como continuación no muy lógica de su osadía, se postra ante él,

como en adoración. El pueblo aclama al mismo tiempo con gritos de júbilo: "Carolo excellentissimo et a Deo coronato atque magno et pacifico imperatori Romanorum —vita et victoria!".

Ya era César, emperador o basileus igual que aquella mujer sanguinaria, en el trono de Oriente. Carlos está en los cincuenta y nueve años de edad: tan sorprendentemente tarde llega él a su revolución. Porque esta coronación es indudablemente un evento revolucionario, que aún traerá para todo el Occidente sus fatales frutos, ya que existía un emperador, capaz de probar tanto cronológica como legítimamente su descendencia de los antiguos emperadores del Imperio Romano. El nuevo Imperio, desde el punto de vista puramente jurídico y tradicional, era en realidad superfluo. Característicamente, ni el mismo Carlos se atreve a llamarse "imperator" en los primeros tiempos; en principio él no es sino "gubernans" de la República cristiana, y hubiera podido contentarse con eso⁶.

Luego el Imperio de Carlos era también "imposible", en relación al concepto del mundo en la Edad Media. Imperio tiene una razón, sólo en el caso que haya un único emperador. Ello es el supremo poderío humano: no en vano se había llamado un dios el emperador de la antigüedad. Sin embargo, hemos de reconocer que también el antiguo Imperio se había dividido, con un emperador oriental en Constantinopla y otro occidental en Ravena.

Pero ellos eran las encarnaciones de la misma idea político-religiosa, las dos cabezas de un solo Imperio, que idealmente siempre constituía un "inseparatum corpus". Efectivamente: cuando el Imperio Occidental se extinguió, la mayor parte de Italia, partes de Hispania y Africa, volvieron bajo el cetro del señor oriental. Aun en los tiempos de Carlos reinaba el basileus en Sicilia y Magna Grecia.

El caso de ese nuevo Imperio, desde el punto de vista filosófico o jurídico era intrínsecamente bien fundado y políticamente bien justificado. Carlos era, en realidad, señor de todo el Occidente, y por consiguiente, mucho más que un rey. Ese poder buscaba por sí mismo el título adecuado. Considerando la situación de Carlos ante Bizancio, las grandes reminiscencias de Roma, Italia y Galia, que le pertenecen, explican que ese título no puede ser sino el de "imperator Romanorum", único equivalente al de basileus. Y por ese nuevo título que el Occidente logró separarse, emanciparse, y de un modo verdaderamente magnífico, establecerse y formarse según sus propias leyes. En cambio, la esperanza de una unidad ecuménica cristiana desaparecía para siempre y se huyó al mundo de los soñadores políticos.

Una época de visiones tradicionales soporta con mucho menos elasticidad una ruptura tan violenta en sus conceptos originarios, que otra de la llamada modernidad. El mismo Carlos también lo debía sentir: es indudablemente contradictorio ser *un* emperador, no siendo al mismo tiempo *el* emperador. Y el sexagenario manda una embajada a Constantinopla con la misión de pedir en matrimonio la mano sangrienta de la emperatriz Irene.

Llegan tarde. Nicéforo hace caer aquella tenebrosa dama de Oriente y él ocupa el trono. Toca a Carlos, en vez de una boda tardía, la continuación de sus guerras bizantinas. El cambio es fácil de comprender: Carlos, según parece, había planteado *la cuestión* ante Bizancio, sin recibir contestación alguna. En consecuencia, las diferencias con la otra Roma deben ser dirimidas nuevamente por las armas.

En este momento tiene la satisfacción de que Venecia lo reconozca voluntariamente como su emperador. Sin embargo, un poco más tarde, la joven república intenta escapar otra vez de las manos de Carlos, hasta que su hijo Pipino la obliga, por las armas, a postrarse de nuevo ante su padre. Pero la pérdida de Venecia parece haber causado dolorosa impresión en Bizancio. Nicéforo envía en seguida una embajada ante Pipino, el hijo más prometedor de Carlos. Fallecido éste, su viejo padre, la hace llegar hasta él, comunicándole, en forma decisiva, condiciones para una paz duradera. Siendo él y el hijo, prematuramente muerto, los vencedores, nos sorprende que Carlos abandone por libre albedrío tanto Venecia como las ciudades de la costa. Seguramente este tratado de paz le parecía muy importante, planteando él, ante Bizancio, una vez más, la gran cuestión. Después de un ir y venir de dos años, que quizá por primera vez en la vida impaciente a Carlos, el Oriente acepta la atrayente oferta. Terminados los tratados, el gran bárbaro es denominado por el otro del Este, "imperator", "basileus". Su título está reconocido. Reconocido, no sólo de forma, sino de verdad: el sucesor de Nicéforo, el emperador Miguel, habla hasta en una carta sobre "orientale atque occidentale Imperium" ⁷.

Lo imposible se ha convertido en realidad: el mundo tiene dos emperadores— esto quiere decir, en otras palabras, que la cristiandad se separó...

Carlos cumple sus setenta años de edad. Teniendo setenta y uno corona emperador con sus propias manos a su tercer hijo, Luis el Débil, pues los dos mayores, Pipino el Temerario y Carlos el Cuerdo, ya están bajo tierra. Sin embargo, él no invita al Papa a esta coronación... Y teniendo setenta y dos años, Carlos cierra los ojos cansados para seguir el camino de todos los mortales...

El héroe desapareció, quedando su obra: el Imperio, que en aquel entonces y solamente en aquel entonces, era idéntico a "Europa". Y sea que toda esa obra no quería ser sino una imitación del Imperio romano; como equilibrio del nuevo hombre occidental, como nueva forma y nuevo contenido de un mundo aun en despertar, resultó algo original. Lo era tanto en sus formas externas e internas, en su método de administración, como en su finalidad cristiana, desconocida por el imperio de la Antigüedad.

La majestuosa figura del primer emperador de Occidente se grababa profundamente en la imaginación de los pueblos. El fué y es el Antepasado.

Lo es no sólo simbólicamente, sino también de sangre y hueso: no hubo una dinastía europea desde Inglaterra hasta Hungría y desde Noruega hasta Portugal, que no tuviera por antepasado directo a Carlomagno ⁸.

Todo el monárquico-simbólico sistema ideal de Occidente está basado en su obra, y son innumerables las leyendas y mitos que adornan su figura de poderoso anciano...

Y a pesar de todo eso nosotros sólo escasamente podemos representarnos una imagen de la personalidad viviente de nuestro Antepasado. No obstante la biografía de su arquitecto Eginhardo y de la descripción de tintes personales del monje de San Gallen, apenas se sabe acerca de su verdadero ser. Parece haber sido un "integer vitae", que nunca sufría ningún fracaso interior. La visión de su vida es la de un lento y sano crecer, un crecer casi vegetal, entre círculos cada vez mayores, hasta que los círculos de su destino y los del hombre cristiano-occidental se unifican en el mismo organismo. Como todos los caracteres épicos, también él era sencillo y sereno,

un seguro conocedor de sus fines y de los caminos para llegar a ellos. Y en realidad Carlos tenía éxito siempre y en todo. Y precisamente aquí hay un punto en donde no se puede considerar a Carlos antepasado directo del hombre occidental. Europa, tal vez con la única excepción del mundo anglosajón, es la patria de los grandiosos fracasos, de los magníficos pseudo-resultados y de aquellos que se malogran precisamente ante el fin. Por eso se comprenderá, que tardíos siglos, apesadumbrados y aterrorizados entre visiones quiméricas de su hado miren a Carlomagno, afortunado y bienaventurado, como una milagrosa estrella en un cielo tenebroso...

OTÓN EL GRANDE

Al historiador, cuyo menester es investigar y observar los destinos humanos, no en su singular e individualidad, sino por el papel que desempeñan en el gran concierto del progreso histórico general, le llamará la atención el hecho de que el irse un padre por un camino, elegido por su libre albedrío, se transforme en la vida de los hijos en un "fatum" inevitable, cuya mano de acero los tiene presos inclementemente y para siempre⁹.

Otón, heredero del reino alemán y del ducado de Sajonia y representante por su origen y casamiento de una tradición nórdico-sajona, eligió la dignidad imperial y la tradición cristiano-romana de Carlomagno. El adoptó instintiva y no conscientemente, para sus hijos y nietos, un destino que los tenía aprisionados en su poder, con la fuerza demoníaca de una "necessitas", de la *ananké* de los antiguos griegos.

Planteando el problema no desde el punto de vista político ni tampoco desde el de la historia mundial, sino exclusivamente desde el punto de vista genealógico, hemos de definir la vida del primer Otón del siguiente modo: lo que planeó y logró realizar en un lapso de treinta años es la elección de una nueva patria. A los veinticuatro años de edad Otón se dirigió desde su patria nórdica hacia el mediodía, y al alcanzar los cincuenta llegó a asimilar en su ser lo ítalo-romano y fué señor de Italia y Roma, que desde entonces se convierte para sus descendientes en la nueva patria, deseada y elegida por él. Para ese progreso tiene validez la siguiente frase de Spengler: "Después del año 900, vencida la época de una profunda decadencia, empieza algo nuevo que se pone en acción con el ímpetu de un destino y una fuerza que promete ser duradera."

Esto nuevo se presenta de hecho, después del año 900 y de modo paradójico, pero característico ya en la vida del representante de la política mundial sajona que rehuía aún la idea romana. Sabemos que al rey Enrique I, padre de Otón, preocupó seriamente, al final de su vida, la idea de un viaje a Roma. Tenía su plan sólo el carácter de una peregrinación religiosa. No obstante cree la historiografía que si Enrique hubiera vivido unos años más no habría podido evitar una política imperial en el sentido carolingio del término¹⁰. Enrique, poco antes de morir, llega lenta y gradualmente a una posibilidad de su destino, que le abría las perspectivas de sus antepasados carolingios.

Hablando sobre Enrique conviene denominar su período como un "momento pipínico", mientras que en el caso de Otón, fundador del nuevo Imperio, se hablará de un "momento carolingio".

Las analogías "Pipino-Enrique" y "Carlomagno-Otón el Grande" pare-

cen justificadas pensando en el papel histórico, construcción psíquica y ritmo vital de esas parejas. Estamos ante el fenómeno del padre fundador y del hijo constructor; en el primer caso, ante una actitud "nacional" ligada aun a la patria primitiva, y, en el segundo, ante una actitud "supernacional" que tiene bajo su dominación un Imperio Mundial. (La palabra nacional en este caso no es sino una expresión para marcar la faz histórica de la originaria unidad de una estirpe). Finalmente, otro matiz más: tanto Pipino y Enrique como Carlos y Otón representan ante nuestros ojos el *héroe épico*. Sus vidas poseen una melodía de majestuosidad épica, en constante línea de crecimiento. Para comprender más el fenómeno citado, piénsese en destinos "líricos", como el del poeta Keats o el de Sofía, hermana del emperador Otón III, y en destinos "dramáticos" como el del Papa Gregorio VII o el del pintor Caravaggio ¹¹.

Parece natural que héroes épicos sean fundadores y constructores. Casi todos los grandes fundadores de estados en la cultura europea, Constantino Magno, San Esteban de Hungría, Jaroslavo de Rusia o Cnut el Grande de Dinamarca, son figuras de formación épica, cuyas vidas muestran unidad interna sin riqueza de episodios. Son de ritmo lento y majestuoso, de gran estilo y de clásico valor.

Todos ellos son siempre afines por su naturaleza y obra con Carlomagno. Este raro "parentesco" entre Carlos y San Esteban, por ejemplo, se conocía en la Edad Media, según el testimonio de la literatura y de la tradición medieval de Francia ¹².

Sin embargo, es más sorprendente el hecho de que dichos "Carlomagno" aparezcan en casi todos los casos junto con sus "Pipinos", sin cuyo desempeño la obra de los primeros sería incomprensible y hasta imposible, como sería la de Carlos sin la preparación de su padre.

Así se encontrará en Sajonia, antes de Otón, a Enrique I; en Polonia a Miecislav el Viejo antes de Boleslaw Chrobry; en Rusia, antes de Oleg a Rurik el Fundador, y un siglo más tarde, antes de Jaroslavo el Grande a San Vladimiro, y en Hungría, antes de San Esteban a su padre, Geyza.

Todos estos príncipes tienen una vida relativamente larga y muy activa, cuyo ritmo nunca se muestra demasiado rápido, y una sobriedad común. Efectivamente, la obra de estos padres sin la de sus hijos nunca podría ser considerada como algo acabado y definitivo. Al contrario, ella recibe su verdadero sentido y valor en los resultados del hijo, y es el hijo quien siempre, sin excepción, llega a ser el héroe nacional de su pueblo.

En este sentido, las vidas de Enrique y Otón representan una unidad superior, después de la cual se inicia algo absolutamente distinto; ya se anuncia en la opción de una nueva patria por Otón el Grande, que cambia el destino de su linaje.

Cuando Otón en el año 959 se preparó para su más decidido viaje a Italia, que duró siete años, y en el cual obtuvo la corona imperial, lo hizo con el presentimiento de su próxima muerte, que, según temía, lo esperaba en el Mediodía. Por esto antes de marcharse hizo coronar a su hijo de apenas cuatro años de edad.

Sus presentimientos no se cumplieron. Otón volvió del Sur victorioso y emperador de Occidente, como Carlomagno. Le fué permitido aun regresar a la vieja patria, el país septentrional de sus antepasados, para recibir en Quedlimburgo, junto a la tumba de su padre, el homenaje de todo el mun-

do europeo. Y murió a los sesenta y un años, precisamente como su padre, en la misma ciudad y hasta de la misma enfermedad de que murió Enrique...¹³. Sin embargo, verdad es que Otón escapó por milagro de ser asesinado en Roma, durante su coronación.

En la generación que sigue a la suya el ritmo de los destinos cambia de repente, y los sucesos llegan a tener un carácter hasta entonces desconocido.

El nuevo ritmo es el de la impaciencia. El carácter de la época es deformado por un matiz de desasosiego, la acción se vuelve febril y se apodera de los descendientes una precipitación nerviosa.

Un huésped intempestivo se presenta en la casa de Sajonia: la muerte inmadura. Dos hijos de Otón, un nieto y un biznieto, fallecieron a los veintisiete años y otro nieto, el último de su estirpe, a los veintidós, y los cinco en Italia, cuyo clima resultaba mortífero para los Otones.

Parece natural preguntarnos por la mujer de Otón, madre de futuros *Otónidas* para explicarnos tal fenómeno. Otón tuvo dos mujeres. En primeras nupcias se casó con Edgita, hermana del gran rey anglosajón Aetelstan; por desgracia, no se sabe casi nada acerca del destino y personalidad de esta mujer. En segundas nupcias se casó con Adelaida, viuda del rey Lotario de Italia, e hija del rey Rodolfo II de Borgoña. El nombre de esta mujer quedó inscripto con mayúsculas en el libro de la historia de Europa, y no por sus grandes hechos. Le tocó gobernar el imperio dos veces durante su vida, y ella, que se había mostrado débil para este gran oficio, fué grande por su actitud humana y no por su talento para gobernar. Esposa del primer emperador, madre del segundo y abuela del tercero es y será en la cultura medieval la personificación de la majestad en su modalidad femenina.

Sin embargo, observando su gran figura desde el punto de vista de la historia de su familia, los borgoñeses, Adelaida aparece como punto final, como última luz de un gran crepúsculo¹⁴. Su hermano y su sobrino, dos hombres sin talento, sin dinamismo, sin dignidad propia de rey, son los últimos varones de su dinastía. Borgoña, hábil creación de su abuelo y de su padre, se descompuso lentamente durante su vida y cesó de existir precisamente treinta y tres años después de su muerte. Además de una extensa investigación de índole genealógica, cuyos detalles no pueden repetirse aquí, dió el interesante y sorprendente resultado de que las familias casadas con princesas borgoñonas se extinguieron casi completamente en las dos generaciones siguientes a dicho enlace¹⁵. No sólo una familia de duques franceses y la de San Esteban de Hungría desaparecen así, sino también tres ramas de la propia dinastía sajona, es decir la rama suava, la bávara y la rama imperial de Otón. De las mencionadas cinco familias, sólo dos hijas tienen descendientes, fuera de ellas la extinción es completa. Este dato parece bastante sugerente.

Otón el Grande es, sin duda alguna, la cumbre de su dinastía. Tanto genealógica como históricamente Otón el Grande es la suprema realización de aquellos caracteres, talentos y posibilidades que estaban latentes desde sus comienzos en la familia sajona. Desde el punto de vista histórico nuestra tesis no exige ninguna explicación; desde el punto de vista genealógico hay que mencionar dos factores.

La personalidad de Otón, descendiente de las dos estirpes más notables de Sajonia y de una abuela carolingia es la síntesis de la tradición caro-

lingia y sajona, originariamente polos opuestos. Y el bisabuelo de Otón se aproxima a los carolingios, su abuelo se casa con una carolingia, siendo su padre, fruto de este enlace, primer rey de la casa sajona. Sin embargo, es sólo Otón quien va a realizar todas las posibilidades de esta herencia ocupando Italia y coronándose emperador.

El único elemento que le faltaba de las fuerzas históricas de la Europa central de entonces era la de Borgoña. Partiendo de Sajonia con destino a Italia, su camino le conducía forzosamente a través del dominio borgoñón. Y no se contentó solamente con la ocupación de Borgoña, Otón asimiló lo borgoñón en su personalidad, en el destino de su dinastía. Se casó con Adelaida, incorporándola a su estirpe.

Con Adelaida entró en la familia imperial un carácter de excitación, infortunio y breve vida. El cambio de rumbo se ve muy bien, coincide con la aparición de Adelaida. Sin embargo, Adelaida era digna y tranquila y tuvo una vida larga y feliz. También su hermano y su sobrino, últimos reyes de Borgoña, tuvieron vida larga y tranquila, quizá muy tranquila y estéril.

Al investigador que llega a ese "punto muerto" no le queda otro remedio que analizar la vida de todos aquellos que influyeron en el destino del primer Otón. Comenzaremos por Adelaida, pues es indudable que influyó en los destinos de la familia de su marido.

Adelaida entra a los seis años en la historia. Ese año muere su padre, Rodolfo II de Borgoña y Hugo de Arlés, rey de Italia, el más ambicioso monarca de su época, logra apoderarse de la familia del difunto; se casa con Berta, viuda de Rodolfo, tiene en su poder al pequeño Conrado, heredero del trono borgoñón, y da a la hermana de éste, Adelaida, en matrimonio a su hijo Lotario. Así pudo Hugo considerarse señor de Borgoña.

Lotario, también rey de Italia, es un hombre serio y honesto, en contradicción absoluta con su padre. Hugo es hombre de indiscutible talento político, pero falto de moral, tanto en sus asuntos políticos como en los particulares. Único fruto del enlace de Adelaida con Lotario, será una hija, Ema, auténtica nieta del rey Hugo por su vida amorosa, más tarde llamada la reina "mal famée" de Francia¹⁶.

Poco tiempo gozó Hugo y su familia del poder y realeza. De pronto se estableció un rival en Lombardía que les disputaba el poder sobre Italia. Era Berengario, marqués de Ivrea, nieto del emperador Berengario I. El consiguió, según varias fuentes, envenenar al joven Lotario, después de haber expulsado ya años antes al rey Hugo de Italia hacia la Provenza, su país de origen, donde murió.

Para reconocer la verdadera "faz" de las fuerzas que en dicho asunto estaban en lucha, tengo que llamar la atención sobre el hecho de que el rey Hugo era, por parte de su madre, bisnieto del emperador Lotario I. Frente a él, su adversario Berengario II era también de ascendencia carolingia. El abuelo del rey Berengario había sido coronado emperador de romanos y la tradición que representaba era tan distinguida como la del rey Hugo, siendo el primer Berengario, por su madre, nieto de Luis el Piadoso y bisnieto de Carlomagno. El segundo Berengario pretendía fortalacer esos derechos al trono itálico y la corona romana, casándose con Willa, una sobrina del rey Hugo de Arlés. De este modo, su hijo Adalberto de Ivres reunía en su persona dos de las más importantes fuerzas dinásticas, entonces en lucha por la férrea corona de Italia.

La tercera fuerza dinástica, que todavía no había caído en su poder, era la borgoñona. La representaba la joven viuda del rey Lotario. La reina Willa consiguió capturarla e intentaba obligarla, por medio de las torturas más inhumanas y humillantes, a que entregara su mano en matrimonio a su primogénito Adalberto. Al final la encerró en el sótano de una torre, condenándola, según parece, a morir lentamente de hambre.

Pero se produjo un repentino cambio de rumbo en el destino de esta mujer. Auxiliadas por un clérigo de nombre Martino, Adelaida y su doncella lograron cavar una abertura bajo la muralla de la torre y huyeron de la prisión y de la muerte. Martino les prestó varios vestidos de hombre y así llegaron en un barco de pesca a la otra orilla del lago de Garda. Allí se les presentó de nuevo el peligro del hambre, pero por la misericordia de un sencillo pescador consiguieron burlar otra vez a la muerte.

Mientras tanto, Martino avisó al obispo de Reggio, Abelardo, amigo fiel del difunto rey Lotario. Abelardo mandó a Azzo, señor del castillo de Canossa en busca de la reina, que la llevó a su fortaleza donde ella se encontró segura. Berengario cercó a Canossa, pero ya era tarde. Adelaida había llamado en su auxilio al nuevo protector de su patria borgoñona, al poderoso rey de los alemanes.

Es explicable que ese llamado de la reina causara una radical transformación no sólo en la historia italiana, sino en la historia universal. Otón se apresuró a complacer a Adelaida y se entrevistó por primera vez en Verona con su futura esposa. Entró con ella en Pavía y allí se hizo coronar rey de Italia, heredero, en el sentido borgoñón-carolingio, del más importante reino del Imperio carolingio de antaño.

Este llamado de Adelaida fué ciertamente el acontecimiento decisivo en la vida de Otón I, el cual no rivaliza, en los sucesos de aquellos tiempos, más que con el otro llamado del Papa Juan XII, que concedió a Otón la corona imperial, es decir, la hegemonía mundial.

El hecho de que el Papa Juan XII eligiera por libertador al poderoso del Norte, tiene sus antecedentes y analogías en la historia de los papas anteriores. Nosotros aquí no nos interesamos sino exclusivamente por las analogías de índole genealógica.

Los dos llamados son, en sus raíces, de idéntico significado y de bien semejante forma. Allí, una mujer joven, amenazada por los *Berengáridas*, llama, por libre albedrío, al rey de los alemanes en su auxilio, reconociendo por ese gesto el derecho de aquél a tomar lo que era suyo y otorgándole así una corona por la cual Otón podía convertirse en una personalidad de importancia y poderío universal. Y aquí el Papa, un hombre joven que se dirige por sí mismo al rey de Alemania e Italia llamándolo en su auxilio, pues es amenazado también por los *Berengáridas*, por Adalberto, el hijo de Willa, que pretendía ser marido de la viuda de Lotario.

De este modo reconocía el Papa el anhelo de Otón de ser su señor y emperador, y al imponerle la corona le convirtió en jefe sagrado de todo el mundo cristiano de Occidente.

Este Papa Juan XII es el último hijo de la llamada *pornocracia romana*, un experimento político de mayor alcance que casi logró establecer una forma "nacional" romana en el siglo x. Esta forma era un fenómeno nuevo, moderno en aquel entonces, que aprovechando el "interregnum" en el Imperio Occidental y la lejanía del Imperio Oriental representaba lo es-

pecíficamente "romano" de la Edad Media, una forma de gobernar que resultaba de la ambición y del talento político de la oligarquía romana.

El fundador de dicho experimento se llamaba Teofilacto. El se dió el título de "dux et consul" y "senador de los romanos" y conducía una consciente política exterior. Contra el peligro mahometano consiguió formar una gran alianza, de la que fueron miembros el Papa, los grandes lombardos y el jefe de la *Longobardía* bizantina y el marqués de Spoleto. Este último, Alberico, se casó con la hija de Teofilacto, Marozia, quien aparece en la historia por este matrimonio. Esta mujer era ambiciosa, inteligente, pero moralmente corrompida y perversa como lo fué su madre, la famosa Teodora. Será ella, fallecidos sus padres, la conductora del Estado romano.

Esta nueva dinastía se apodera totalmente de la dignidad papal. Lo imposible llega casi a ser posible, ese principado teocrático y sacerdotal se cambia, provisionalmente, en una formación dinástico-familiar. Un amante de Marozia sube al trono papal con el nombre de Sergio III y, un poco más tarde, la misma Marozia nombrará papa a un hijo suyo y de Sergio, Juan XI.

Cuando murió Alberico, su primer marido, Marozia se casó con Guido, señor de Tuscia, y fallecido éste poco después, con el hermano de Guido, el rey Hugo, padre del primer esposo de Adelaida, y entonces el hombre más poderoso de Italia.

Por este casamiento parecen unirse de nuevo las provincias del antiguo reino central de la partición de Verdún, desde Borgoña y Provenza hasta al sur de Italia, incluyendo la misma Roma¹⁷. El rey de Italia, entrando solemnemente en la Urbe en el año 931, consideraba haber ganado el juego de su azarosa vida. Su esposa es señora de la Ciudad Eterna, uno de sus hijastros, el papa y en Roma mandan sus propios soldados. Debía sentir ya en su cabeza la corona imperial.

No contaba con el otro hijo de su nueva esposa. El joven Alberico preparó una rebelión de los romanos contra ese invasor extranjero, al que en Roma llamaban el "Borgoñón". La revolución tuvo éxito, Alberico cercó a su padrastró en Castel Sant-Angelo, de donde Hugo escapó cobardemente dejando a su mujer y al papa librados a la venganza de Alberico. Mientras, el pueblo de Roma elige a Alberico *dux y senador de todos los romanos, princeps*, en las profundidades de sus cárceles desaparecen para siempre su madre y su hermanastro.

Sin embargo, todo esto no impidió al rey Hugo dar, cinco años después, en matrimonio, una de sus hijas ilegítimas al príncipe Alberico y ésta, Alda, fué la madre de aquel Octaviano que recibió en el trono de los papas el nombre de Juan XII¹⁸.

El principado de Alberico marca, indudablemente, el punto cumbre de la idea de autonomía romana en la Edad Media. Se habla y con razón de su *monarquía*¹⁹. Aunque en buenas relaciones con Bizancio, lo romano, en su persona, lograba independizarse de ambos Imperios, pero no del papado. En ese dominio él no quiso o no pudo resolver los problemas políticos ni los jurídicos. Prácticamente el papa se hallaba en su poder; sin embargo, Alberico sentía muy bien que en el papado se le presentaba algo "ajeno", absolutamente independiente del principio dinástico-familiar que servía de base de todo el sistema político de aquella época. Y precisamente aquí se halla el error que hizo fracasar toda su obra. Alberico intentó apoderarse del papado, lo no dinástico, por el camino dinástico. En su le-

cho de muerte obligó a jurar a sus romanos que elegirían papa a su único hijo.

Y Octaviano, nieto del rey Hugo, de apenas diecinueve años, ocupó el trono de los papas. En realidad es una ironía de Clío, pues precisamente ese inmaduro e impotente jovencito debía ser en la historia entera la única persona que logró unir en sus manos los dos poderes: el temporal y el espiritual. Pero los unió sólo en el sentido extrínseco de la palabra. En el sentido intrínseco, ese joven precipitado no era sino un representante inoportuno en el trono papal de la oligarquía que entonces estaba poderosamente establecida en Roma. Juan XII nunca consiguió ser una síntesis de las dos antítesis; de haberla alcanzado él hubiera dado un rumbo completamente distinto a toda la historia occidental. En ese caso hubiérase creado el califato occidental, es decir, la forma de gobierno que incluye la dignidad pontifical. Pero eso no debía ni podía suceder; no solamente porque el joven papa fuera una figura incapaz de sus grandes deberes, sino porque los occidentales somos de distinta formación. Aparecemos, actuamos y nos realizamos *en y por polos opuestos*. Nuestra dialéctica exige tensión, nuestra cultura se manifiesta en contradicciones y en discusión, nuestra historia es la grandiosa disputa de las oposiciones.

Por consiguiente, el significado histórico de este joven no radica en la síntesis, para la cual constituía una posibilidad única, sino en las oposiciones y *tensiones* en que su destino iba realizándose.

Este papa, en todo inferior a su gran dignidad, se entregaba a los más vergonzosos excesos, mostrándose en esto fiel nieto del rey Hugo. Aquél hizo cegar, de un modo vil, a su inocente hermano; éste mutiló, sin causa, a sus obispos y prelados. Aquél dió nombres de la antigüedad a sus amantes; éste, el papa, y en eso era un auténtico romano, nunca dudó de la existencia de las antiguas divinidades²⁰. *Fedor Schneider* tiene razón cuando subraya: "Mencionaban en los círculos de cultura antigua, en vez del diablo a Pluto; en lugar del infierno a Hades, Tártaro y Averno; por una hechicera decían Medea, y eso era más que puro retoricismo". También este papa, mientras jugaba a los dados, llamó en su auxilio a Júpiter, Venus y otros "demonios" y en sus orgías bebía *in amorem diaboli*²¹.

Una curiosa, pero impotente altanería parece haberse apoderado de su carácter; era quizás la obstinación del joven a quien aun sin preparación se había encargado algo demasiado grande e importante, incomprendido o mal comprendido por él. Juan XII es, de este modo, el destructor no sólo del Estado romano de sus antepasados, sino también de sí mismo. Indisciplinado, mas no sin ambición ni sin don de imaginación, Juan se atreve en el dominio político a provocar a los *Berengáridas*. Llama al del Norte en su ayuda y lo corona emperador, pero pronto se harta de su nuevo señor e intenta liberarse de él. Como se encuentra aislado, en la desesperación huye y luego trata de preparar una resistencia, temiendo la venganza imperial. Una muerte prematura le salva de ella.

Con él termina también su dinastía. Con su desequilibrio e indecisión aparece algo nuevo en la familia de la *pornocracia*, que no había caracterizado la gran política de sus bisabuelos, Teofilacto y Teodora, ni la comprensión política de su abuela Marozia, ni tampoco la sabia consecuencia y sobria tenacidad de su padre. Esto nuevo es el cambio repentino de rumbo después de un suceso, de una empresa de decisiva importancia, que mar-

ca una nueva época en la vida de este hombre. Y el nuevo rumbo, en el caso de Juan XII es su completa decadencia y desaparición.

Ahora hemos de recordar los últimos años del rey Hugo, abuelo del papa Juan XII. La semejanza entre éstos y la tragedia del nieto es característica. Hugo, después de la muerte del rey Rodolfo de Borgoña, tenía en sus manos, con excepción de Lotaringia, toda la herencia *lotárida*, Italia, Provenza y Borgoña. En esa situación surgieron como peligrosos adversarios los *Berengáridas* en Italia. Él, ciertamente más poderoso, los provocó, pero no podía enfrentarlos y se asustaba, dejando pasar el momento favorable para una contra-acción; al final, huyó a su país nativo, Provenza, donde desesperado, en el abandono, le encontró la muerte cuando planeaba renunciar al trono, lo que equivalía a reconocer el total fracaso de su vida.

El cambio de rumbo en el destino de Lotario, su hijo y primer marido de Adelaida, apenas se distingue del "*fatum*" del rey Hugo.

Cuando Hugo quiso asesinar a Berengario y su esposa Willa, Lotario hizo frustrar su plan comunicándoles el intento de su padre. Sin embargo, Willa, prima de Lotario, le pagó mal este favor. Muerto Hugo, Lotario llegó a ser rey de Italia en una difícil y peligrosa situación. Engañado en varias oportunidades por Willa, el joven rey, en vez de defenderse en varonil acción, entró en el característico período de hesitaciones y tentaciones imposibles que, como hemos visto, daban el principal matiz a los últimos hechos tanto de Hugo, como del papa Juan. En este estado, Willa y su esposo le asesinan, encarcelando a su viuda Adelaida. Y fué solamente Adelaida quien, como ya fué explicado, consiguió escapar al destino característico de su familia. En el momento de su fracaso llamó en su ayuda a un hombre, el más notable y poderoso de su época.

Sin embargo, por Adelaida llegó a ser Otón no solamente padre de hijos con una herencia peligrosa y dudosa, la de los borogñoines, sino que se halló también incluído en lazos de un destino que no era el suyo ni el de sus mayores y se convirtió en fatal para el ocaso de su linaje. La *forma específica* de destino, que tuvimos oportunidad de indicar en las figuras de Hugo, Lotario y Juan XII, y que aún tenemos que explicar en el caso de cinco descendientes de Otón, no se limita a estos dos grupos mencionados. Un primo de Hugo, el emperador Luis el Ciego, y el padre de este último, el rey Boso de Provenza, por un lado, y Willa, sobrina de Hugo, con su marido, el rey Berengario II, y su hijo, el rey Adalberto, por el otro, son representantes de la misma forma de destino, como la tuvieron los tres "italo-borogñoines" y los últimos *Otónidas*. Este destino tiene siempre, sin excepción, las siguientes etapas fácilmente reconocibles en la historia del ocaso de esta gente: 1º Períodos de grandes empresas, temerarias, irreflexibles, brillantes o escandalosas; 2º un ritmo agitado y dramático en la acción; 3º en un momento inesperado, el fracaso total; 4º tentativa desesperada para mejorar la situación; 5º una última tentativa de huir y, por fin, la *immatura mors*.

Quien se remonte hasta el más antiguo tiempo en la tabla genealógica de todas las personas mencionadas descubrirá que el mismo destino ya se manifiesta mucho antes en sus antepasados comunes.

Hugo se consideraba representante de una rama de los emperadores carolingios, de la rama de Lotario, siendo él, cuando falleció su primo,

el emperador Luis el Ciego, el mayor entre los descendientes directos del emperador Lotario I, hijo de Luis el Piadoso y nieto de Carlomagno.

Fué este Lotario quien recibió en el tratado de Verdún la franja media del Imperio carolingio, que entonces comprendía la Lotaringia con Aquisgrán, Borgoña, Provenza, Italia y Roma.

El ritmo de vida de Lotario I está en la misma relación con el destino épico y feliz de su abuelo, Carlomagno, que las vidas agitadas y fracasadas de los últimos *Otónidas* con el grande y afortunado destino del primer Otón. Lotario al final de sus días renunció, retirándose desolado y desesperado a un monasterio. Allí, en Prüm, murió en el año 855.

Sus tres hijos Lotario II, Luis II y Carlos parecen haber heredado la malhadada disposición de su padre. Lotario II se mezclaba en un triste escándalo de amor. Por fin, ya fracasado y ridiculizado, fué a Italia y, declarándose inocente ante el papa, recibió de sus manos la sagrada hostia, con la advertencia de que moriría dentro de los ocho días, si su confesión era falsa. Esto sucedió en el primer día de agosto del año 869. Pasados los ocho días, en el camino de regreso de Italia, Lotario murió a consecuencia de una enfermedad.

Luis II, el emperador, fué hecho prisionero por un vasallo suyo, el príncipe Adelqui de Benevento, quien le obligó en la prisión a prestarle un juramento, que ponía al emperador en una situación desfavorable. Cuando salió en libertad, el papa le dispensó de su juramento. Mas ya no pudo recuperar su anterior situación, después de una empresa militar, que fracasó. Luis II murió repentinamente en Brescia, en 875.

El fracaso del hermano menor, Carlos, fué causado por una enfermedad. Al manifestarse su epilepsia, desolado se retiró a Provenza a esperar la muerte que no tardó en llegar.

Los *Lotáridas* no tuvieron hijos, pero la tradición familiar halló su continuación en los descendientes por línea materna de Lotario y Luis. Este período genealógico, que se puede llamar de los *Lotáridas*, no acabó al extinguirse los tres hermanos; la misma tradición, el mismo mito familiar, la misma idea ética²², está viviendo en los hijos de las dos princesas *lotáridas*, como en sus abuelos, Lotario y Luis. Esta idea ética, que determina las acciones de los descendientes del emperador Lotario, va a ser llamada en historiografía la "*legitimidad lotárida*".

Otón el Grande no buscaba conscientemente esta "*legitimidad lotárida*" ni para sí mismo ni para su prole, sino la renovación de la dignidad carolingia para ambos. Sin embargo, la especial situación de su segunda mujer en el conjunto genealógico y en la perspectiva política del siglo x italiano dieron oportunidad a que él llegara a ser no sólo uno de los representantes de esa "*legitimidad*", sino el único entre éstos que consiguió establecerse como monarca universal, digno del antepasado común de él y de los *Lotáridas*, Carlomagno.

En este sentido, su imperio es el culminante tanto en la historia de la tradición *lotárida*, como en la de su familia.

Mas una ley férrea y terrible tiende a que cada punto cumbre en nuestra vida humana sea, al mismo tiempo y forzosamente, el principio de la decadencia. Al mediodía empieza la noche, decían los sabios chinos.

Por eso, nadie se extrañará al observar la curva descendente de la familia sajona, que se manifiesta enseguida después del casamiento de Otón

con Adelaida. Por ese enlace Otón se había unido a una mujer que tenía exactamente la misma edad de su hijo mayor del primer matrimonio, Liudolfo. Sucedió lo que llamo en mi sistema genealógico "desplazamiento de las generaciones"²³. Es el punto donde el equilibrio intrínseco de una dinastía se confunde por primera vez. Otón excluye de la herencia a su primogénito legítimo y Liudolfo se rebela contra el padre. Las luchas naturales entre los hermanos dan lugar a la lucha del hijo contra el padre; es el orden cósmico, pues, que se desmorona. Y será en esta lucha que se revela por primera vez en la historia de esta dinastía *la formación específicamente lotárida de destinos*. Por eso, mencionemos en pocas palabras la tragedia de Liudolfo.

Este último sajón de sangre pura, hijo de una princesa anglosajona, fué elegido heredero del trono por su padre en 946. Sin embargo, un año más tarde moría su madre y Otón cortaba decididamente con él. Partiendo en 951 para Italia, participa sus grandes planes a su hermano Enrique y no a Liudolfo. El joven príncipe enojado y excitado convocó, con precipitada rapidez, a sus amigos y guerreros y marchó a Italia, intentando realizar allí los planes de su padre. Pero fracasó; derrotado tuvo que pedir disculpas y unirse a las tropas de su padre victorioso. No le fué posible olvidar su fracaso y viendo cómo crecía la influencia de su madrastra sobre Otón, coetánea suya y predestinada, pues a ser su mujer y no la de su padre, Liudolfo esconde cada día más difícilmente sus celos personales. La reina da a luz un hijo y aunque este Enrique muere al año, simbolizando casi ante nuestros ojos el carácter mortífero de la sangre borgoñona en esta familia, Liudolfo se rebeló de nuevo.

Toda Alemania, descontenta con la nueva política italiana de su rey, se hallaba en rebelión. La situación se tornó delicada para Otón, pero logró vencer el peligro. Según su costumbre, el rey perdonó a todos; sólo Liudolfo rechazó la clemencia paterna. Abandonado, solitario, el primogénito del monarca más poderoso de la época, dejaba la dieta de Langenzenn del padre para intentar una nueva sedición. Después de otro fracaso, Liudolfo enterró sus orgullosos planes viniendo a besar la mano de Otón. Éste lo mandó en 957 a Italia; Liudolfo no era entonces sino un exponente de la política italiana de su padre. Así, como simple capitán del gran rey, venció a los italianos, pero al mismo tiempo Italia, el clima del mediodía, lo había vencido. Liudolfo murió a los veintisiete años en Pombia, ciudad lombarda.

En 955 la reina Adelaida dió vida a su segundo hijo, llamado Otón, quien, siguiendo la voluntad de su padre, fué coronado emperador de los romanos y se casó con una princesa bizantina. Aun no había cumplido los dieciocho años cuando empezó a reinar. Después de unos años tormentosos y dramáticos, el joven emperador se lanzó a una grande y precipitada empresa contra los islamitas de Sicilia. El total fracaso de ésta parece haber causado un *trauma*, un desgarramiento interior de todo su ser. A causa de nuevas tentativas contra el enemigo del sur vino a Roma, donde murió víctima de su propia impaciencia a la edad de veintisiete años, como su hermanastro Liudolfo.

El mismo año falleció repentinamente en Italia septentrional otro miembro de la dinastía, también Otón, el mejor amigo del joven emperador, un hijo de Liudolfo. Este Otón tenía, entonces, veintisiete años.

Aproximadamente a la misma edad desapareció en Roma la viuda de Otón II, cuyo único hijo Otón III, después del trágico fracaso de todos sus grandes planes intentó la recuperación de Roma, que había perdido, pero murió a los veintidós años, cerca del Monte Soracte y a la vista de la Ciudad Eterna, sin poder alcanzarla.

El papa Gregorio V, bisnieto de Otón el Grande, murió, también, después de ver frustrada la razón de su existencia, a la edad fatal para esta dinastía, los veintisiete años. Igual destino esperaba a dos amigos del joven Otón III, Franco y Erpo; todos debieron entregar su alma en tierra italiana.

Diecinueve años después de la muerte de Otón el Grande, la familia que había contado con tantos varones ya no existía. El hecho de que siete de sus miembros más notables murieran en Italia en plena juventud, prueba la tesis enunciada al comienzo de este estudio: *la libertad de los padres se cambia en destino para los hijos*²⁴. En el caso citado, este destino no era sino el progreso de la descomposición y desaparición de la primera dinastía imperial alemana.

Ahora bien, la reaparición de la *forma lotárida de destino* parece estar demostrada por bastantes ejemplos entre los descendientes de Otón el Grande; sin embargo, unas preguntas surgirán obligadamente en la mente del lector.

El contacto de Otón con los *Lotáridas* no es un parentesco de sangre, sino, por lo menos en apariencia, un fenómeno de carácter puramente histórico y espiritual. En Liudolfo y sus descendientes no había ninguna gota de sangre *lotárida*; en los otros otones, en su mayoría, tampoco. Estos últimos eran borgoñones por herencia materna. Por ello, para llamar la atención sobre este punto aparentemente débil de mi teoría, expliqué más detalladamente el caso de Liudolfo, con su característico fracaso y perdición de *forma lotárida*, como lo hice con la vida tan interesante y llena de grandes problemas de su hermanastro imperial. Además, intencionalmente mencioné dos clérigos alemanes que no estaban ligados a la dinastía sajona por vínculo alguno, sino por amistad con el último Otón. Utilizando el lenguaje psicológico en boga, sería fácil decir que en la subconciencia del primer Otón estaba latente y hermética la disposición para la formación del destino que acabamos de llamar *la forma lotárida*. Tal definición nada explicaría desde el punto de vista de la verdad histórica.

Es más sólida la fundamentación de la genealogía biológica y médica visto que: 1º el hombre, ser orgánico de carácter psico-físico, es esencialmente lo mismo en la actualidad que en la prehistoria o en la edad media; el hombre primitivo en sus básicos somáticos y psíquicos no se distingue en nada del hombre de las culturas elevadas; 2º los resultados de la genealogía biológica tiene general validez porque se pueden probar colectivamente y no sólo individualmente y hasta se puede curar por ellos.

Su aplicación, por consiguiente, no puede causar deformación alguna a la verdad histórica, ni en el caso de emperadores medioevales, que también eran hombres como nosotros.

Hasta aquí he explicado mi tesis exclusivamente como historiador; ahora citaré una definición del médico genealogista, el Dr. L. Szondi (*Análisis de destino*, Basilea, 1944, pág. 325): "Una investigación *genotrópica* de familias comprende una investigación genealógica de los parientes *no sólo* de sangre del sujeto en cuestión, sino también la de su parentesco

génico, es decir, la investigación de todos los individuos que se habían ligado a él o a sus parientes de sangre por amor, amistad, profesión, formas de enfermedades o de muerte”²⁵.

¿Por qué? Porque nuestros contactos de todo género posible representan un dato más que explica nuestra personalidad y las formas y contenidos de nuestro destino. Nadie negará que amores, amistades caracterizan más que ninguna otra cosa; ninguno se enamora o traba una amistad sin una verdadera y profunda “necessitas” de su ser. Los amores y amistades no son sino satisfacción de ciertas “necesidades” que existen en la profundidad de nuestro carácter, de nuestra naturaleza.

De este modo, tanto en la historia como en la actualidad una extensa investigación genealógica da siempre grupos *génicos* claramente limitados, resultado de una gravitación de los elementos simpáticos entre sí o, expresándolos con términos de la biología, del encuentro de elementos de semejante estructura *génica*, excluyendo al mismo tiempo aquellos elementos que representan una estructura *génica* ajena y distinta.

Visto que el análisis de destino humano en la obra científica del citado Dr. Szondi ya planteaba sus problemas también en los dominios de las profesiones, enfermedad y formas de morir, hay razón en decir que, así como las formas del amor y la amistad no son fenómenos de azar en nuestra vida, sino que tienen su explicación en la específica formación de nuestro destino individual, también nuestras *opciones* por una cierta profesión, nuestras enfermedades y el modo de morir no son meras casualidades, sino que deben corresponder a una cierta ley en nuestra composición psico-física, ley ésta que a veces es fácil de reconocer. Por ejemplo, en las siete muertes de los últimos *otónidas* estamos frente a una forma tan decidida y especial de fallecer que nos sería bien difícil abstenernos de pensar que una ley actúa sobre ellos.

Ser emperador es también una profesión y hemos mencionado cómo Otón optó por ésta, conscientemente, y no por otra dignidad o campo de acción. Al optar por esta dignidad eligió la figura de Carlomagno como modelo. De la comparación entre ambos personajes resulta una indudable semejanza intrínseca. El genealogista debe decir que actuaba en Otón una “necesidad carolingia” que los obligaba, sin transformarlo en un simple epígono, a tomar el camino del emperador-fundador. Pero es evidente que si Otón no era Carlos, tampoco el siglo x era el siglo viii; el mundo en Otón y alrededor de él estaba formado por vivencias históricas distintas a las de la época de Carlomagno.

Por ejemplo, la mujer, que jugó en la vida de éste un papel secundario, llegó a ser en la de Otón un factor de la mayor importancia. Sin las mujeres de Carlos su obra hubiese sido la misma, pero sin Adelaida no habría Otón el Grande.

Borgoña tiene una formación característica de la decadencia carolingia y aunque de tan importante y singular formación nunca logró ser auténtica nación. Sus dos primeros reyes, a pesar de su talento indiscutible, no consiguieron señalar rumbos a los pueblos de la Europa central. Los Welf, antepasados de esa dinastía, afortunados hermanos de la hermosísima Judith, cuya belleza resultó fatal a su marido, Luis el Piadoso, y a los demás, se apoderaron en un momento oportuno de algunas regiones centrales del antiguo Imperio carolingio, logrando fundar allí un pseudo-

estado; sin embargo, éste desapareció al extinguirse su dinastía, grande por la hermosura de una mujer y por la decadencia de la verdadera casa imperial.

Y esta misma Borgoña, síntesis de elementos borgoñones y *lotáridas*, el complejo más morboso del mundo carolíngio decadente, fué tan importante para Otón que se inclinó por el destino de este complejo, como lo muestra su segundo casamiento y el profundo y ardiente "tardus amor" por su mujer borgoñona.

"Ich bin gesund, das heisst: ich bin nicht krank". "Soy sano, es decir, no soy enfermo" —dijo Goethe. Y el pronto declinar de las fuerzas vitales de la casa otónica prueba muy bien la verdad de este verso, también en el caso del primer Otón. Él no era enfermo todavía, pero sus *opciones* indicaban ya la rápida extinción de su casa al modo borgoñón, según las *formas de morir* del destino *lotárida*.

Dicha característica genealógica no menguará en nada la obra ni la importancia histórica de este monarca. Sólo su situación en la historia deberá modificarse en cierto sentido y cierto modo. El, fundador del Imperio Romano Germánico de la Edad Media, considerando el territorio que lo hizo surgir y la época que le siguió, no es el principio de algo nuevo como antes que él Carlomagno o después de él el papa Gregorio VII, sino el último realizador de las posibilidades carolingias de la cultura europea occidental.

El verdadero Imperio, en el sentido carolingio-otónico, de este término, sobrevive apenas diecinueve años a Otón el Grande. A la extinción de la línea directa de su casa sigue el profundo cambio de aquella esfera social que constituía la realeza y ocupaba el poder en Europa, desde Luis el Piadoso hasta el último de los emperadores sajones. En los años 20 y 30 del siglo XI aparecen en todas partes "homines novi". Con la extinción de la casa sajona, cuyos miembros eran, según su papel y su condición imperial, los últimos "carolingios", murió también la vieja Europa, la Europa carolingia-sajona.

Contemplando la figura del primer Otón en la perspectiva mayor del destino germánico y europeo es difícil rehuir una asociación curiosa, a primera vista.

El mediodía, tanto en su forma vital como en la mortífera, era siempre una segunda patria del espíritu septentrional y del alma germánica. Durante un milenio fué larga la serie de germanos que iban a vivir o a morir a las tierras de Italia. En esto, Otón el Grande es indicador del destino no sólo de su prole, sino de toda su nación. El influjo del mágico Sur en el alma germánica es enorme tema y su explicación no puede intentarse en este estudio. El interés que impulsaba el alma nórdica en el siglo XVIII hacia el clásico país rivaliza con la idea del Imperio Romano de la nación teutónica en la política de la Europa medieval. Goethe, el último y el más grande de los humanistas del Norte, después de haberse preparado durante varios años, se atrevió a emprender, en el cenit de su vida, la última gran conquista de valor íntegro que conoce la historia de aquel viejo continente. Así llegó a la síntesis nórdico-clásica o, con otras palabras, a la fundación de la moderna espiritualidad. Pero al viandante le asaltaban extraños presentimientos, le parecía que habría de encontrar su muerte en el Sur, sin conocer los temores semejantes del otro gran alemán que ocho siglos antes andaba en dirección a la Ciudad Eterna. En una de sus Elegías romanas alude a la muerte en la clásica tierra: "Suave llévame, Her-

mes, por delante de la tumba de Cestio, para abajo, al reino de Orcus"... 26

Goethe volvió, le esperaban aún al poeta coronado de Europa muchos años de vida y un pacífico morir en la patria hiperbórea, mas su único hijo, después de una corta vida tormentosa y fracasada, yace junto a la tumba de Cestio, en la tierra de las Musas y de los emperadores.

OTÓN III

El emperador Otón III es uno de los personajes más discutidos de toda la Edad Media occidental. Nieto del fatal antepasado Otón el Grande, cuyas *afinidades electivas* decidieron para siempre el destino de su prole, hijo del emperador Otón II y de Teófano, princesa bizantina, era el único monarca de occidente que unió en su sangre las herencias del mundo latino-germánico del Oeste y las del mundo bizantino-griego del Este. A esta composición excepcional de su herencia se asocia un destino personal y único. Vale la pena enumerar los datos más importantes de su vida.

Cuando tenía tres años fué coronado rey de los alemanes; a los diez y once participó en la gran guerra del Imperio alemán contra los eslavos del este germánico; cuando cumplió catorce empezó su reinado personal; a los dieciséis se hizo coronar en Roma como emperador de los romanos, desempeñando el gran papel de señor y protector de los papas; a los veinte años ya iba realizando su concepción genial acerca del mundo y del Imperio universal. Su gran fin era la renovación del Imperio romano, en el sentido de una paz cristiana. Uno de los mayores desastres en la historia de los pueblos cristianos fué que este excepcional joven muriera de misteriosa fiebre antes de haber cumplido el *milagro del mundo* 27.

Precisamente los comentarios de los contemporáneos son los que arrojan verdadera luz sobre el significado de ese *milagroso joven*. Algo sorprendente, fuera de lo usual, se ha realizado en su obra. "*Dictu incredibile et ineffabile*", dice un cronista de su tiempo, el obispo Thietmar, comentando el acto de Gnesen, la tan discutida fundación del independiente Reino polaco por Otón III 28. El acto de Gnesen es una escena única en el gran drama de la historia universal. Allí sucedió que el emperador de los romanos, señor de occidente, sin obligación externa, sin solicitud alguna, siguiendo sólo la propia iniciativa y convicción, despidió de su servicio, puso en libertad, eligió por su colaborador y reconoció como rey independiente, al más poderoso de sus vasallos, el príncipe polaco. El rey de los alemanes, bien superior a la recia política de sus antepasados y de sus sucesores, libertó a un joven país de gran porvenir de la presión demasiado grande de la propia iglesia nacional de los alemanes.

En Gnesen, después de haber cumplido el fin de su peregrinación hasta esa ciudad y de haber rendido homenaje a los restos del santo amigo, el gran mártir Adalberto de Praga, Otón, sacándose la diadema de oro de su propia cabeza, coronó con ella al duque polaco, llamándole no su vasallo, sino *frater et cooperador imperii*. Luego le entregó la más distinguida, notable y poderosa de las insignias reales de entonces, la lanza. Y aun otras cosas sucedieron el mismo día. El emperador renunció a favor de Polonia todos sus privilegios eclesiásticos y creó —utilizando entonces el título *servus apostolorum*— el arzobispado polaco independiente.

Todo eso, aparte de la trascendencia del acto en sí, da la sensación de

una *tensión* dramática, la impresión de una construcción artística. Todos los hechos de este emperador tienen dicho carácter, que los cronistas no reconocen refiriéndose a los de otras personas. Por lo tanto, sería difícil no descubrir en la actuación del tercer Otón el elemento más destacado, el artístico. Su obra está matizada con indicios y rasgos artísticos y su actividad animada por una inspiración arrebatada. Por consiguiente, Otón III no es un político objetivo ni un ser común que vive según la escueta ley de sus contemporáneos. El destino de este emperador se ha desarrollado aparte de lo cotidiano, en una extraña entreluz de ascetismo desequilibrado y de contradictoria inquietud.

El acto de Gnesen fué sólo la escena más llamativa de su vida dramática. Pero al colocarlo en la cadena de acontecimientos del *destino otónico* se cambia en uno de los *focos* de un sistema de polos opuestos. Antes de esa mayor glorificación del Imperio cristiano-occidental, Otón practicó en Roma ejercicios del más duro ascetismo, las auto-humillaciones de la vida monacal. Su compañero de ejercicios, el joven Franco, murió a consecuencia de las torturas que ambos se habían impuesto en las profundidades de la cripta de la iglesia de San Clemente. Sin embargo, el emperador dejó el hábito de monje por el casco y espada de guerrero imperial. Fué al Norte y fundó allí un gran país, dándole forma y libertad.

Lo que llama la atención en el caso de Otón son, ante todo, los repentinos cambios de rumbo de su naturaleza, que provocan en sus contemporáneos gran sorpresa. Se señalará cuatro *metamorfosis* decisivas en su historia personal. La primera, su repentina transformación de dócil y devoto discípulo en iracundo vengador, durante su segunda estadía en Roma. Esa nueva actitud le condujo a la total ruptura con sus anteriores consejeros, su hermana Sofía y el arzobispo Willigis, a la orden de decapitar a su enemigo Crescencio y al amor escandaloso por la viuda del ejecutado²⁹. La segunda, su magnífico despertar del desamparo y la desolación a fin del otoño del año 999, en Roma. Aquí comienza su gran viaje, rápido y precipitado, en el cruel invierno alemán y polaco que lo llevó hasta Gnesen donde estaba el sarcófago de su gran amigo, el santo Adalberto. La sorpresa que causó su inusitada actuación en Polonia fué tan poderosa que hasta la fecha no cesamos de discutir acerca de las razones y el sentido de ella. La tercera *metamorfosis* se produjo después de esta excursión polaca; pesaron en ella las peligrosas *tensiones* de su naturaleza, que se habían manifestado en Gnesen, abriéndole inesperadamente la posibilidad de descender hasta los fundamentos más hondos de su historia personal-familiar. Es el momento de su visita simbólica a la tumba del más grande de sus mayores, Carlomagno. La cuarta, la podemos marcar en el invierno del año 1001, cuando Otón, sin necesidad que le obligara a actuar así, se retiró de Roma y, abandonando el símbolo imperial, se dirigió hacia su catástrofe final.

Estos grandes *solsticios* en el camino de su destino están acompañados por una serie de cambios parciales repentinos. Ejemplo de éstos son su *metamorfosis* de joven casto en pecador, cuando su amor en Roma; otro, la larga vida sedentaria en su Urbe en 998 y 999, que bruscamente se transformó en la *forma de vida* de un viandante excitado y extático; tercero, cuando al abandonar Roma, su claro y victorioso optimismo dió lugar al más oscuro y desolado pesimismo. El rápido eclipse es, en general, la característica principal de su mundo; entristeció fácilmente el juvenil rostro de este gran soñador e inquietudes muy profundas, torturadoras, doloro-

sas se apoderaron de él; así como también su simpática sociabilidad cambiaba sorprendentemente en el sombrío aislamiento de sus períodos ascéticos.

La sorpresa que su conducta y sus hechos provocaron entre sus prójimos da más matices a la figura de este joven. Gnesen, el descenso a la cripta de Carlos y el enigma de la dolorosa salida de *su* Roma ya fueron mencionados. A esta serie de hechos pertenecen aún la designación, entre tantos obispos alemanes de su cortejo, del brutal Bruno³⁰ como papa Gregorio V; la ruptura con la tradición del abuelo al rechazar al *Ottonianum*³¹, pacto del primer Otón con los papas; su misteriosa visita a Venecia en una noche de verano en el año 1001. Y hemos de recordar que ese Otón fué cuando niño un *fenómeno infantil*, y después, hasta su fin, el *maravilloso joven* de excepcional talento, inquieto y ansioso de comprender y de saber las cosas del mundo humano y divino.

La genealogía conoce el tipo de los *extremos variantes*, es decir, el fenómeno de dos hermanos de dotes semejantes pero de opuestas actuaciones. Y se conoce también el fenómeno que se produce solamente en muy pocos casos, el de la presencia de los *polos opuestos* en una misma personalidad. Se comprenderá que la vida interior de esas personas debe ser teatro de enormes *tensiones*. Esto es la *tensión* que la genealogía llama de *angel-diablo*, bien conocida por nosotros en los recuerdos de nuestra niñez y juventud. Digo de la niñez y juventud porque en la edad madura normalmente se suele encontrar una solución para esas *tensiones* por el cambio de amor o por el de la profesión, y muy rara vez la tensión *ángel-diablo* acompaña durante toda la vida.

Y Otón era un joven. Dicha *tensión* le caracterizó hasta su muerte. En realidad, en Otón predominaba el polo de *ángel*; este asceta extático distaba poco de llegar a ser un gran santo de la fe católica, semejante a tres de sus más íntimos amigos. Sin embargo, en sus profundidades estaba también el *diablo*, como lo prueban los estallidos repentinos y fuertes de su odio, de su furor, de su pasión vindicativa. No hay que olvidar que ya su primera entrada en Roma fué la aparición del vengador. Los elementos siniestros de su carácter se manifestaron cuando su segunda entrada allí. Me refiero al terrible fin de Crescencio y de su padrino, Juan Filogatos, y al amor ya mencionado con la mujer de su gran enemigo muerto. Sin embargo, el otro polo, el *bueno*, tendía por otra parte, con la misma fuerza, al equilibrio de su personalidad. El anhelo por la pureza celeste, por la muerte en martirio, también los ejercicios conmovedores de penitencia volviendo en oleadas periódicas, así como sus ideas de renunciar, pertenecen a las manifestaciones elementales de sus *tensiones ángel-diablo*; del mismo modo sus repetidos planes de hacerse monje.

Y en ese punto entra también en juego el problema de la forma en que Otón daba expresión en su vida interior a la *tensión* que acabamos de explicar. La forma natural de vida de este emperador era reinar y la natural posición para esto, el trono. Otón fué desde su tercer año de edad una *alteza*, también en el primitivo sentido de esta palabra; tanto más singular cuanto que esa *alteza* imperial sentía la *necesidad* intrínseca de descender del trono hasta la celda monacal, completamente contrapuesta al trono. La celda es lo profundo, lo escondido, lo sencillo, el lugar en donde uno se entrega completamente a Dios. El trono es lo alto, lo manifiesto, lo resplandeciente y el lugar donde uno se inviste con los atributos de una divinidad. En el presente conjunto, celda y trono no son sino expresiones

de aquellas *necesidades* del último Otón, que se revelaban ya de modo diferente en la región de la explicada *tensión*.

Otón era también guerrero como casi todos los hombres de su época; pero su naturaleza singular le obligaba a manifestarse en la forma de la opuesta posibilidad ofrecida entonces por él. Por eso se tornó con frecuencia pero nunca definitivamente, monje, *homo sacer*. Así aparecen también en Otón los dos extremos en sus actividades profesionales; como monje y penitente se entrega a la oración, a la devoción, a los ejercicios ascéticos. Estos son *actividades* absolutamente introvertidas y limitadas a un lugar. Como *rey-viandante* de su época, Otón vive completamente extravertido y en continuo cambio de paradero.

La tensión *ángel-diablo* da, sin duda, la sensación de algo extraño en la cultura cristiano-occidental. Según pienso, existe un solo rey húngaro, Ladislao IV, del siglo XIII, que se podría comparar con el último Otón³². Pero Ladislao es, por su madre cumana, una singular composición de elementos europeo-cristianos y nómada-paganos; su personalidad es fruto de una época que no tiene nada que ver con los tiempos y antecedentes históricos y genealógicos de Otón III. En cambio, todo el ambiente histórico y familiar de este último en Occidente muestra distinta *facies*. El destino de sus predecesores *lotáridas* muestra el brusco cambio ante el total colapso, como se verá también en el caso de Otón después de su salida de Roma; pero no conoce la serie de varias metamorfosis ni la tensión *ángel-diablo*. En la vida de sus parientes borgoñones hay elementos de un decidido ascetismo, de vida casta, hasta de matrimonios castos³³. En esto los descendientes de la casa de Borgoña poseen una analogía elocuente con los duques de Venecia, los Orseolo, íntimos amigos de nuestro Otón; pero a todos éstos les falta el matiz a la vez extático y excitante, hímnico y ditirámico del ascetismo y de la castidad del joven emperador. El hecho de que en la corte de Otón haya personas que semejantes a aquéllos en su constitución espiritual, gocen de la íntima amistad o verdadera simpatía de su señor, no debe engañarnos.

El fenómeno de las amistades de Otón es tan interesante y característico que nos ocuparemos más detalladamente.

Cierto es que la amistad, en su más alto sentido, nunca desempeñó en la vida de un emperador occidental un papel similar al que desempeñó en la de Otón III. Ancianos y jóvenes, clérigos, monjes y ascetas, le rodearon durante su corta vida. Sus amigos, aunque diversos, eran semejantes en cierto aspecto. "Hallamos la misma extraña mezcla de una mundana porfía de luchar y de gozar y de un profundo sentimiento religioso del regreso interno y de la entrega absoluta a Dios —dice *Mathilde von Uhlirz*— tanto en el caso de esos hombres, como en el del emperador. Los vimos, ya como héroes guerreros y conductores de tropas imperiales, ya en la soledad de la vida monacal"³⁴.

Pero *Mathilde von Uhlirz*, excelente historiadora alemana, olvida que muchos de los amigos de Otón eran "imitadores" de su especial forma de vida y que no ejercieron ningún influjo en el destino y desarrollo de la personalidad otónica. El espectador ve muy bien: ellos vienen de diversos puntos atraídos por la gravitación del sol imperial; durante unos años viven una vida dependiente en el perihelio; participan tanto de los destellos como de los eclipses de la estrella central. Luego se apaga esta poderosa luz; se pierde la fuerza de gravitación y los satélites se dispersan en el espacio infi-

nito. Unos caen, otros siguen sus inclinaciones; décadas más tarde encontramos a uno u otro en el cortejo de Enrique II o en uno de los conventos otra predilectos de Otón. Pero la *tensión*, los cambios bruscos de rumbo se perdieron de su destino porque no eran sino prestados.

Los verdaderos amigos de Otón, los que han influido más en su destino, no son de estructura tan frágil. Además, son hombres que ya tienen su *forma* establecida. Y ellos conservan esta propia *forma* también en el perihelio del sol imperial. San Adalberto de Praga, Bernardo de Hildesheim, San Romualdo de Ravena, León el Simple del Aventino, San Odilo de Cluny, San Nilo de Rossano, San Esteban de Hungría, eran también grandes sin Otón. Es más aun, nos preguntaríamos, ¿qué hubiera sido de Otón sin el influjo, ejemplo, simpatía e impulso de estos grandes hombres? Y lo mismo se diría acerca de aquel personaje que era indudablemente uno de los más notables de su época y que Otón había llamado a su corte por ser su maestro, amigo, consejero y colaborador y después su papa, Silvestre II, o con su nombre, Gerbert de Aurillac. Ninguno de estos hombres vivía en la enorme *tensión* ni entre los cambios bruscos del mundo otónico ni tampoco la vehemencia inflexible, el éxtasis ditirámico, eran caracteres de su personalidad.

Otón III parece haber sido un fenómeno aislado en su ambiente. No es contra la lógica que Silvestre II, que representaba históricamente una sorpresa tan grande como Otón, se halla también en aislamiento en el aspecto genealógico, social y familiar. Este argumento no es todavía un resultado histórico.

Para llegar a ello Otón nos ofrece un indicio. En la famosísima y tan citada carta que dirigió a Gerbert de Aurillac invitándolo a ser su maestro, se encuentra la siguiente frase: "Con este nuestro pedido queremos expresar el anhelo de que extirpes nuestra *rusticidad sajona*, provocando en cambio por tus impulsos nuestra *sutileza griega*, puesto que en nuestro ser aun se hallaría alguna chispa del espíritu griego. Pongamos, pues, nuestra pequeña llama al lado del fuego de vuestra ciencia, que, con el auxilio divino, harás progresar el vivaz genio de los griegos...". *Graecorum vivax ingenium deo adiutore suscitetur...*³⁵.

Y sea cual fuere la opinión de algunos historiadores alemanes acerca de esta carta, no cabe duda que en ella habla el hijo de la griega, de la inteligente y amable Teófano, que acentúa decidida y conscientemente la herencia helena; mas aun, opta por ella, oprimiendo la herencia sajona paterna. Considerando que este hijo apenas tiene diecisiete años y pertenece a un *tipo de cambios extremos*, no nos sorprenderá que él, como rey de los alemanes, acentuara con igual ímpetu en otras oportunidades la tradición de sus padres. Sin embargo, lo más significativo es que el emperador que organizara en Roma su corte en estilo bizantino-romano, pidiera dos veces la mano de una princesa griega de la familia de su madre y nunca solicitara una hija de cualquiera dinastía occidental, sea el autor de la recién citada carta.

La ascendencia de la madre de Otón II es poco clara. Liudprando en oportunidad de su notable embajada ante el emperador bizantino Nicéforo Focas, pidió para el hijo de su señor Otón el Grande, una de las hijas del difunto emperador Romano II. Por desgracia Liudprando nunca nombra la princesa pedida. Después del fracaso de la misión, Otón esperó la muerte de Nicéforo y atacó al sucesor de éste, Juan Tzimisce, no bien subió al

trono. Tzimisce, porque estaba en peligro, prometió la princesa al hijo de Otón. Este mandó a fines del año 971 una embajada a Bizancio para traerla. La novia bizantina costó mucho a la familia sajona; por ella, Otón debió renunciar a sus derechos en Italia meridional. La princesa llegó a Italia, pero según el testimonio del casi contemporáneo Thietmar, Tzimisce no había mandado "la virgen deseada", sino una sobrina suya de nombre Teófano. Y el viejo emperador, aunque descubrió el engaño, aceptó el *fait accompli*.

Sobre Teófano reina un silencio total en las fuentes bizantinas. Pero ellas se callan también acerca de su casamiento con Otón II, hecho éste que es verdad histórica. Ni mencionan la embajada alemana que llevó la princesa, aunque esto también es un hecho indiscutible. *Certainement ce silence est voulu*, dice Schlumberger en su excelente *Epopée byzantine à la fin du dixième siècle* ³⁶.

Históricamente, el problema es de principal importancia; en cambio no lo es en su aspecto genealógico. Según la interpretación general, la madre de Otón III era la hija del segundo matrimonio del emperador Romano II. La esposa de éste, madre de Teófano, que tenía el mismo nombre que ella, era probablemente una prostituta antes que aquel emperador se enamorara de ella y la hiciera emperatriz de Bizancio. Existen motivos para afirmar que esta mujer fué la causante de la muerte de su suegro, el emperador Constantino Porfirogéneta, del encierro de las cinco hermanas de su marido en un convento y de la desaparición prematura de su esposo cuando contaba veinticuatro años de edad. Una vez viuda, se casó con su amante, el gran general del Imperio, Nicéforo Focas, entrando, luego, en amores con el íntimo amigo de su nuevo marido, Juan Tzimisce, también estratega, descendiente de una familia armenia de notables jefes militares, cuya madre era una tía del emperador Nicéforo. Los dos fueron actores en la muerte horrible de éste. En seguida subió al trono Tzimisce y se casó con una de las cinco hermanas de Romano II, que sacó del convento; a su vez, encerró en otro a su amante, la emperatriz bizantina Teófano.

Como se ve, Tzimisce, supuesto tío de Teófano, la madre de Otón, estaba ligado a la dinastía cuya corona usurpaba por un cuádruple lazo de parentesco, casamiento, amor y asesinato; de este modo, la madre de Otón, por los caminos distintos de ambas teorías en cuanto a su ascendencia, nos conduce al mismo *ambiente genealógico*. Y en ese ambiente nos parece hallarnos entre fenómenos de carácter bien conocido.

Nicéforo, gran guerrero descendiente de una familia armenia de excelentes guerreros, poseía por herencia materna la predisposición profunda a una religiosidad ascética. Influidó por el hermano de su madre, S. Miguel Meleinos, participaba ya temprano del ascetismo extático de la Cristiandad oriental. Por su mediación, Nicéforo estuvo en contacto con el más notable santo de la Iglesia griega de aquel entonces, San Anastasio. De la sincera y profunda amistad que ligaba a aquellos dos hombres brotó la idea de Nicéforo de hacerse monje. Aunque nunca se realizó tal idea, él es el fundador de un convento en el monte Athos que gozó de fama mundial. De hecho, esperaba allí una celda al gran general. La amistad con Anastasio alentaba las disposiciones monacales en la naturaleza de guerrero de Nicéforo; pero al mismo tiempo el estratega ejercía un influjo característico en el alma del santo, que acompañaba a su amigo en las campañas militares.

Así también San Adalberto conducía a la comprensión del ascetismo monacal a su joven amigo y primo, el último Otón. Pero al mismo tiempo, la relación entre ambos hacía despertar en Adalberto al pensador político.

La santidad de Adalberto o de Anastasio, sin embargo, no se hallaba en peligro por la influencia política y guerrera de sus respectivos amigos. En el caso de los dos emperadores, con todo, se encuentra una situación mucho más complicada. Ni Otón ni Nicéforo tenían condición de llegar a ser santos, rechazando todas las seducciones terrenas. El sajón, obsesionado por la idea imperial, y el armenio, esclavo de su ambición, vencieron siempre en sí el puro anhelo de una vida dedicada a Dios. En Otón, que tenía veinte años, obraba su fe espiritual-religiosa en su gran vocación; en Nicéforo, hombre de cincuenta años de edad, rompió los diques ascéticos de su naturaleza salvaje, rústica y despótica, la gran pasión tardía por la emperatriz Teófano.

Aquí termina nuestra analogía, que da por resultado que las "*afinidades electivas*" del ascetismo extático, de la fuerte mas deficiente inclinación eclesiástica y de la tensión "*ángel-diablo*" del tercer Otón —tan extrañas en el ambiente occidental— se hallen en la dirección del ambiente de sus antepasados pertenecientes al Cristianismo oriental.

Los historiadores advierten a menudo el hecho de que Otón, por sentirse tan romano, es el único entre todos los emperadores occidentales que eligió a Roma por capital. Aún más les extraña —desde Thietmar hasta Halphen— la corte romana de Otón, con su curioso eclecticismo de elementos latinos y griegos³⁷. Podríamos añadir que resulta, para nuestra sensibilidad, horrible la venganza de Otón en sus enemigos romano-griegos, permitiendo mutilar al anti-papa Juan Filogatos y haciendo ejecutar faltando a su palabra al jefe de la revolución romana, para luego vincularse estrechamente con la viuda del mismo. Pero el historiador sólo busca la comprensión de los hechos.

Su capital en Roma, la corte romana, la forma de su venganza y la de su amor, son los diversos modos de revelarse una sensibilidad que tiene su centro en el carácter del último Otón. Con su residencia en Roma sigue una tradición, no la de su padre agotado por el clima, pues era un septentrional, sino la de su madre griega que vivió allí durante los años de su viudez, manteniendo buenas relaciones, tanto con la oligarquía romana como con el Imperio bizantino.

Con la rara mezcla de elementos griegos y romanos en el ceremonial y por la composición de su corte, Otón seguía también una tradición, no la paterna de su estirpe nórdica, ni tampoco la carolingiorromana, más o menos meridional según su entender, sino la tradición de la propia Roma del siglo x y la de sí mismo. En ese siglo, la Roma de la oligarquía y la "*pornocracia*" pertenecía más al mundo bizantino que al occidental. La forma político-nacional que la dinastía de Teofilacto quiso dar a los romanos, es un fenómeno que se explica por la situación espiritual-política del sur de Italia o de los Balcanes, entonces dominios griegos; pero es incomprendible desde occidente. Es probable que Teofilacto fuera griego. Los lazos políticos y culturales entre la oligarquía y Bizancio son estrechísimos; no existe al mismo tiempo tal lazo con el norte europeo y la sensibilidad es la misma que allí. Las acciones y reacciones de esa Roma son semejantes a las de Bizancio; sin embargo, son rarísimas como fenó-

menos occidentales. El último Otón, representando conscientemente la tradición griega de su madre —según prueba su carta a Gerberto—, como señor de Roma no es un foráneo príncipe sajón, sino el heredero directo de Teofilacto y de Alberico, de aquellos dos jefes romanos que, tanto en su forma de vida como en su forma de reinar, representaban una específica mezcla de elementos locales de Roma y de otros que habían pertenecido a Bizancio.

La revolución de Crescencio es una rebelión en el sentido romano-griego de este término. Crescencio intentó vincular a su Roma con el Imperio bizantino. Su hijo, que hablaba correctamente griego, trató de lograr una alianza con Constantinopla³⁸. Filogatos, también un griego, amigo personal de la madre de Otón, como anti-papa no fué sino un exponente de Bizancio.

Considerando dichas circunstancias, la actitud vengativa de Otón se aclara algo ante nuestros ojos. La victoria de Crescencio y del anti-papa significaría el señorío de Bizancio sobre Roma. Otón tenía que impedirlo de todos modos. A la tradición bizantina, él, el semi-griego, contestaba de manera bizantina. No era noble manera, pero se la comprende, por el ambiente romano, las circunstancias y *composición* del alma de Roma y la de su joven príncipe imperial.

Y de esa *composición* se desprende que el único amor en la vida de Otón lo ligara a una mujer de la raza de su madre. Tenemos motivos para creer que Estefanía, viuda de Crescencio, era griega³⁹. Además, cuando quiso tomar esposa se dirigió a la corte bizantina, el ambiente materno. La princesa que llegó hasta Bari, donde le esperaba la noticia de la muerte de su novio, debía ser una de las hijas del emperador Constantino IX, Teodora o la más tarde tan famosa Zoé. Constantino era, si aceptamos la primera suposición acerca del origen de la madre de Otón, hermano de Teófano, siendo su hija prima hermana del emperador occidental.

Un análisis detallado de la figura excepcional de la emperatriz Zoé excede los límites del presente estudio. Recordaremos que ella había vivido hasta los cuarenta y ocho años encerrada en el Palacio de las Mujeres de Constantinopla; subió al trono de Oriente después de la muerte de su padre, que fué el último varón de la dinastía. Y aunque el marido de Zoé, Romano Argyros, también revistió la púrpura, el gobierno del Imperio se hallaba en manos de un eunuco, Juan Orfanotropos. La emperatriz, a los cincuenta y cinco años se enamoró del joven hermano de Juan, Miguel de Paflagonia. Los dos asesinaron en su bañera al emperador Romano III, primer esposo de Zoé. En seguida ella mandó proclamar emperador a su cómplice y se casó con él a las pocas horas del hecho. Miguel IV había empezado su carrera como simple cambista; luego por el favor de su hermano omnipotente ocupó una dignidad semi-eclésiástica. Era un joven frívolo y corrompido, como la mayoría de sus coetáneos en Bizancio. "Y en el trono —dice el historiador Psellus, contemporáneo suyo— ese hombre sin preparación, sin una formación de monarca, torturado desde entonces por ataques epilépticos, fué un buen gobernante y valiente guerrero cuando la situación lo exigía"⁴⁰. Dándose cuenta del terrible crimen que había cometido, se inclinó al ascetismo, rompiendo toda relación con la emperatriz. Su actitud se volvió humil-

de, se rodeó de monjes, eremitas y de otros eclesiásticos. Con raro afán para su época, se interesó por el problema de los pobres y de las mujeres caídas. Les construyó asilos en los alrededores de la capital. El emperador, gravemente enfermo a causa de su epilepsia, iba a menudo con sus amigos a Salóniki, donde estaba el sepulcro de Demetrio, un santo por el cual Miguel sentía especial veneración. Sin embargo, lo dicho muestra solamente un aspecto de su naturaleza. Este semi-monje era al mismo tiempo semejante a Nicéforo, un jefe militar de importancia, a quien le interesaban profundamente los problemas estratégicos del Imperio y encabezaba su ejército si su cruel enfermedad le dejaba unas semanas de tranquilidad. De ese modo, este emperador epiléptico se vió en la constante *tensión* de monje y guerrero, hasta que llegó su fin, un morir conmovedor. Se sublevaron los búlgaros. Miguel, ya casi agotado, convocó sus tropas y comandándolas personalmente se dirigió contra el enemigo. Con un último esfuerzo logró vencerlo definitivamente. Ya moribundo volvió a Constantinopla y dándose cuenta de su estado abandonó el palacio, no se despidió de nadie y se hizo llevar al convento de San Argyri, fundación suya. Allí se arrancó las vestiduras imperiales, tomó el hábito. Pero ésta era la última metamorfosis de su agitado destino: murió ese mismo día.

El ejemplo antes citado de Nicéforo Focas y Miguel el Paflagonio marca el rumbo por donde hemos de buscar el verdadero parentesco del ascetismo extático, de los frecuentes cambios y de la característica *tensión* en la naturaleza de Otón III. Sin embargo, no cabe duda: la derivación, la analogía, no explican el fenómeno. Los paralelismos en el destino de Nicéforo y la epilepsia de Miguel IV, matizan nuestra comprensión en cuanto a la figura de nuestro héroe, mas son incapaces de dar la última esencia en su caracterización. Ni la analogía más sorprendente de carácter genealógico o histórico puede ofrecer la suficiente explicación de cualquier figura del pasado. Lo esencial de cada individuo está dentro de sí mismo, no fuera. Y por eso, antes de terminar este retrato, nos volvemos una vez más a Otón, a su obra histórica, intentando acercarnos a él, no por el camino mediato del genealogista, sino por el más inmediato y esencial del historiador.

A los veinte años sólo algunos poetas y artistas excepcionalmente dotados suelen llegar a su período creador; monarcas y políticos, casi nunca. Otón es en este aspecto una excepción en todo el devenir histórico de occidente; el poeta de la dignidad imperial y de la paz universal del mundo cristiano; el emperador hiperbóreo que viene desde el lejano norte para retornar de nuevo a su país de origen, en donde según remotísima tradición florecía el "antiguo jardín del sol".

Con esas reminiscencias de secular antigüedad se enlazan en Italia profecías que derivan de la literatura sibilina y se prolongan —como lo demostró Sackur en su edición de los textos sibilinos— hasta la edad media cristiana⁴¹. En ese último tiempo se efectúa una curiosa mezcla de elementos paganos y medievales. La profecía hablaba expresamente del *Emperador de la Paz Universal* que aparecería al final de la época apolínea, cuando atacasen de nuevo los pueblos de las *Tinieblas*, la gente de Gog y Magog, encerrados un día por Alejandro Magno tras la "*porta aquilonis*"⁴².

La profecía dijo: "*Et tunc surget rex Graecorum, cuius nomen Constantis, et ipse erit rex Romanorum et Graecorum*"; o sea, "y entonces sur-

girá el rey de los griegos, cuyo nombre Constante, y ese mismo será rey de romanos y griegos". Al fin del milenio debe aparecer el *Emperador de la Paz*. Luego él deberá retirarse ante las fuerzas de la revoltosa gente siniestra, deponiendo su imperial diadema en el sepulcro de Cristo en Jerusalén. La época apolínea es la época de la divinidad solar; por consiguiente, parece natural que al finalizar aparecieran de nuevo los elementos de las *Tinieblas*⁴³. La condición solar de la realeza y de la dignidad imperial ha sido comprobada de varias maneras. Ultimamente escribió sobre este tema Carlos Kerényi, en su "*Die Töchter der Sonne*", Las hijas del Sol⁴⁴. Según la tradición surgía anualmente del país de los hiperbóreos, donde estaba el antiguo jardín del sol, la figura del dios solar, Apolo⁴⁵. Y al fin aparece en ese ambiente Alejandro Magno, el personaje más solar de la antigua historia y tradición.

Todos los elementos citados de la tradición medieval o antigua complementan la comprensión del misterioso personaje que es el último Otón, así como la de su actuación, con frecuencia sorprendente y enigmática.

Los mayores hechos de ese emperador ocurren en el año 1000, fin del milenio. Otón se consideraba "*Emperador de la paz universal*"; por su sangre griega, él era el *Constante* de la citada profecía, rey natural de los romanos y griegos. La gente de Gog y Magog debe amenazar su reino. Piénsese en su enigmática salida de Roma en 1001, cuando el tenebroso Aquerón de las cloacas romanas inundaba la superficie de su mundo solar. La última empresa adunada de Otón y Silvestre, después de esa rebelión, fué el llamado a la reconquista de Jerusalén por los cristianos, donde el *Emperador de la Paz* debía deponer su diadema. Las profecías sibilinas yuxtaponían ese Emperador a la figura de Apolo, haciendo representar por él la época apolínea. El resplandor, calidad tanto del Sol como del Emperador, se acentúa fuertemente por esa representación; es un emperador oriundo del Norte que aparece, según un ritmo secreto, en el Sur, y desempeña un papel similar al Dios Sol, llegando hasta el mediodía desde el país misterioso de los hiperbóreos. Hiperbóreos quiere decir *allende la montaña*⁴⁶, donde estaba el antiguo jardín del Sol. Y al fin, la aparición de Alejandro Magno, el divino y radiante, también un joven de veinte años cuando sube al trono; el único personaje comparable filosófica e históricamente con Otón.

Como Alejandro, Otón es también un "*deificatus*"; de otro modo le sería imposible ser rey y emperador; pero la personalidad de Otón tiene una doble tendencia, un característico "*bilingüismo*" que Alejandro, el dios, desconocía. La excitación casi profética de Otón, acercándose a veces a la esfera sacerdotal, "*rex, quasi sacerdos*"; el carácter irracional de su obra que asombró a todos hasta nuestros días; su fanatismo religioso en la búsqueda de Dios fuera de sí mismo, propio de su época; todo eso pertenece a la Edad Media, está en infinita lejanía de Alejandro. Pero su grandioso proyecto de imperio universal y sus hazañas hacen que sienta la divinidad en sí mismo. Esta actitud es propia de una naturaleza imperial y en esto Otón se acerca a Alejandro Magno.

Y cuando su extraño destino le daba posibilidad de realizar lo "*imperial*" de su ser, Otón mostraba siempre la característica de su actuación de monarca, antes referida. Dicha característica es *lo artístico* en su obra y personalidad. Su idea de una *renovatio Imperii Romanorum* es algo que

parece una obra de arte⁴⁷; más lo parecen su gran viaje del año 1000, la fundación del reino polaco en Gnesen y la exhumación de los restos de Carlomagno en Aquisgrán. Ese gran viaje es una "obra" que tiene su vértice en Gnesen, su base en Aquisgrán y su centro en Roma, donde las tensiones de las dos esferas, la de la altura adalbertina y de la profundidad carolingia, es decir, las del porvenir y del pasado, van llegando al equilibrio en el presente sublime y majestuoso de la eterna ciudad imperial. De este modo se identificó con el mundo y ambos, obra y mundo, con el artista, Otón. Y en ese momento de rey de su destino se cumple en él la característica del hombre creador; lo personal se torna cósmico y el cosmos, en nosotros, se inunda de Dios. Así inspirado, Otón pudo ser Adalberto en Gnesen, Carlomagno en Aquisgrán y el príncipe de su renovación en Roma. Este momento fué la realización de todos sus planes; de todo lo que él era y sigue siendo en nuestros días: el Emperador.

La investigación histórica es una búsqueda en el pasado. Siendo cristianos y herederos de la cultura europeo-occidental, nuestro árbol genealógico se extiende hasta Otón III, esa figura de universal transcendencia, a la que intentamos acercarnos en este estudio. Por el contacto hermético-espiritual en que hemos entrado con él, algo de su persona, de su ejemplo, de la magia de su obra, queda como parte integrante de nuestro ser. Confieso que en este trabajo buscaba antepasados. Los buscaba, porque quise que tanto el lector como yo nos enriqueciéramos con ese contacto. No iba por caminos novedosos. Iba por el camino de la "imitación", copiando, con mi propio método, un ascender al antepasado de mi héroe elegido, Otón III.

El conde Lomello⁴⁸, uno de los del cortejo de ese emperador, nos cuenta que al volver de Gnesen, donde fundió un nuevo mundo, llegó a Aquisgrán. Allí, al romper el pavimento del antiguo *Münster*, buscaba con el agitado afán de su naturaleza el sepulcro del mayor de sus mayores, Carlomagno. Al fin se abrió una bóveda subterránea y Otón, con una antorcha en la mano, se atrevió a bajar hasta los restos del antepasado. Lo encontró en la profundidad, sentado en su trono, embalsamado y con vestiduras imperiales. Ordenó vestirlo con nuevos ropajes, más resplandecientes y magníficos que los antiguos. Con su propia mano sacó la gran cruz de oro que tenía sobre el pecho. Era el símbolo del pasado, que se llevaba para defensa en las grandes luchas del porvenir.

NOTAS

¹ L. FROBENIUS: *Kulturgeschichte Afrikas*. Zürich, 1933. Phaidon.

² M. DE FERDINANDY: *Sobre el poder temporal en la cultura occidental alrededor del año 1000*. Anales de Hist. Antigua y Medieval. T. I. Buenos Aires, 1948, p. 75. V. la bibliografía citada ahí.

³ K. KERÉNYI: *Apollon*. Wien-Amsterdam-Leipzig, s. d., p. 51.

⁴ P. KIRN: *Das Abendland vom Ausgang der Antike bis zum Zerfall des karolingischen Reiches*. Propyl. Weltgesch. Tomo III, p. 104.

⁵ P. KIRN: *o. c.*, p. 115.

⁶ P. E. SCHRAMM: *Kaiser, Rom und Renovatio*. Leipzig, 1929. T. I, p. 14.

⁷ P. KIRN: *o. c.*, p. 117.

⁸ J. HORVÁTH: *Szent István diplomáciája*. La diplomacia de San Esteban. Budapest, 1937. Apéndice genealógico.

⁹ L. PROHÁSZKA: *A Vándor és a Bujdosó*. El Viandante y el Desterrado. Budapest, 1941. V. los caps.: "El destino" y "La libertad y la actitud clásica".

- 10 *Cambridge Mediaeval History*. C. M. H. T. III, p. 186.
- 11 M. DE FERDINANDY: *Genealogía comparada*. Manuscrito.
- 12 J. HORVÁTH: *o. c.*, p. 99.
- 13 C. M. H. T. III, p. 203.
- 14 Comp. M. DE FERDINANDY: *El problema de Burgundia*. Boletín de Estudios Franceses. Mendoza, 1948. N.º. 2-3, p. 67-95.
- 15 M. DE FERDINANDY: *El destino de una dinastía*. Manuscrito.
- 16 ZELLER: *Histoire d'Allemagne*. París, 1873. T. II, p. 415.
- 17 Comp. el último capít. de *El problema de Burgundia* del autor. L. c.
- 18 C. M. H. T. III, p. 155.
- 19 F. SCHNEIDER: *Rom und Romgedanke im frühen Mittelalter*, p. 188.
- 20 F. SCHNEIDER: *o. c.*, p. 27-28.
- 21 F. SCHNEIDER: *o. c.*, p. 156, y G. SCHLUMBERGER: *Un Empereur Byzantin au dixième siècle: Nicéphore Phocas*. París, 1890, p. 581-582.
- 22 M. DE FERDINANDY: *Genealogía comparada*. Manuscrito.
- 23 *Ibidem*.
- 24 L. PROHÁSZKA: *o. c.*, p. 22.
- 25 *Schicksalsanalyse. Wahl in Liebe, Freundschaft, Beruf, Krankheit und Tod*.
- 26 M. DE FERDINANDY: *Sobre el poder temporal*, etc., p. 122.
- 27 Comp. autor: *o. c.*, p. 52.
- 28 Comp. A. F. CZAJKOWSKI: *The Congress of Gniezno in the Year 1000*. Speculum. T. XXIV. Cambridge, Mass., 1949, p. 339 ss.; Z. WOJCIECHOWSKI: *La "Renovatio Imperii" sous Otton III et la Pologne*. "Revue Historique". T. CCI. París, 1949, p. 30 ss.; y autor: *o. c.* Capít. II.
- 29 *Vita S. Romualdi auctore Petro Damiano*. M. G. H. SS. IV, p. 849, y *Brunonis Vita 5 Fratrum*. M. G. H. SS. XV, p. 724.
- 30 F. SCHNEIDER: *o. c.*, p. 198.
- 31 M. DE FERDINANDY: *o. c.*, p. 95.
- 32 M. DE FERDINANDY: *Los buscadores de Dios*. Budapest, 1942. Capít. X.
- 33 *Ibidem*. Capít. I.
- 34 M. VON UHLIRZ: *Das deutsche Gefolge Kaisers Otto III*, en *Gesamtdeutsche Vergangenheit*, Wien, 1938, p. 30.
- 35 *D. D. O.*, III, 241.
- 36 Un breve resumen del tema se halla en *Sobre el poder temporal*, etc. del autor; *loc. cit.*, p. 58, nota 1.
- 37 L. HALPHEN: *La cour d'Othon III à Rome*. Mélange d'Archéologie et d'Histoire, XXV. París-Roma, 1905, p. 343-363.
- 38 F. SCHNEIDER: *o. c.*, p. 199-200.
- 39 M. DE FERDINANDY: *Otón III, una biografía*. Manuscrito.
- 40 M. PSELLOS: *Chronographie*. París, 1926. *Coll. Byz.* T. I, p. 57.
- 41 E. SACKUR: *Sibyllinische Texte und Forschungen*. Halle, 1898, p. 185.
- 42 A. R. ANDERSON: *Alexander's Gate, Gog and Magog and the Inclosed Nations*. Cambridge, Mass., 1932, p. 47 ss.
- 43 H. LIEBESCHÜTZ: *Das allegorische Weltbild der hl. Hildegard von Bingen*. Leipzig, 1930, p. 148-149.
- 44 *O. c.* en el texto. Zürich, 1944, p. 56-57.
- 45 M. DE FERDINANDY: *El paisaje mítico*. Anales de Arqu. y Etnol. T. IX. Mendoza, 1948. Capít. I. Ver la bibliografía citada ahí.
- 46 K. KERÉNYI: *Apollon*, p. 48.
- 47 M. DE FERDINANDY: *Otón III, una biografía*. Manuscrito.
- 48 *Chronicon Novaleciense*. III. 32. Citado en C. M. H. T. III, p. 213-214. Comp. THIETMAR: *Chronicon*, III. 29. M. G. H. SS. III, p. 781.

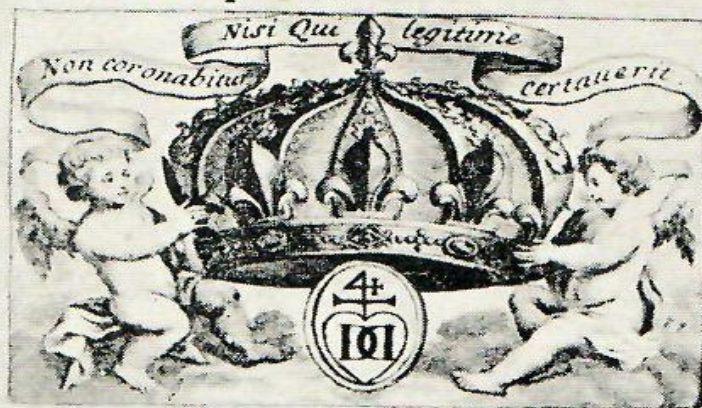
A M M I A N I
M A R C E L L I N I
R E R U M G E S T A R U M
Qui de x x x i. supersunt,
L I B R I X V I I I.

*Ope MSS. codicum emendati ab HENRICO VALESIO,
& auctioribus Adnotationibus illustrati.*

Necnon Excerpta vetera de Gestis Constantini
& Regum Italiae.

E D I T I O P O S T E R I O R,

Cui HADRIANUS VALESIUS, Historiographus Regius, FR. LINDENBROGII J.C. in eundem Historicum ampliores Observationes, & Collectanea Variarum Lectionum adjecit; & beneficio codicis Colbertini Ammianum multis in locis emendavit, Notisque explicuit: Disceptionem suam de Hebdomo, ac Indicem rerum memorabilium subjunxit. Praefixit & Praefationem suam, ac Vitam Ammiani à CLAUDIO CHIFFLETIO J.C. compositam.



PARISIIS,
Ex Officina ANTONII DEZALLIER,
viâ Jacobea ad Coronam auream.

M. DC. LXXXI.
CUM PRIVILEGIO REGIS ad annos XX.